

1. PRESENTACIÓN Y OBJETIVOS PRINCIPALES

Las regiones montañosas han sido tradicionalmente consideradas como áreas marginales, liminales y despobladas (Palet *et alii* 2017), visiones que tienden a considerar a estos lugares como espacios estáticos y ahistóricos, con un carácter homogéneo que no ha atendido a sus especificidades y siempre como contrapunto a las áreas llanas y costeras, más accesibles y aparentemente mejor conectadas. Esta concepción de las regiones montañosas como lugares de alteridad ha formalizado una visión preconfigurada de las sociedades que habitaron y transformaron estos paisajes montañosos.

Ante estas visiones, el estudio de las comunidades asentadas en la cuenca del Taibilla es pertinente en el marco de las investigaciones sobre las sociedades ibéricas del sureste peninsular y, en términos generales, las sociedades mediterráneas del I milenio a.n.e. El entorno mediterráneo está formado por unidades de paisaje heterogéneas, por lo que es necesario incorporar al estudio del pasado los diversos espacios que lo conforman, con el fin de obtener una imagen holística de las sociedades pretéritas en su diversidad y complejidad. En los últimos años, son varios los equipos que se han dedicado al estudio de territorios de alta montaña en el ámbito peninsular, entre los que es posible destacar los trabajos desarrollados en el área occidental de los Pirineos catalanes (Gassiot y Jiménez 2006; Gassiot *et alii* 2014) y en el área oriental (Ejarque *et alii* 2010; Palet *et alii* 2017), además de los trabajos en la región

de media montaña alicantina de I. Grau Mira (2002; 2014; 2021a; Grau *et alii* 2012; 2023). Sus estrategias metodológicas y sus aproximaciones al objeto de estudio nos sirven de ejemplo a la hora de afrontar los retos inherentes de las regiones montañosas.

El objetivo principal de este trabajo de investigación es caracterizar las formas de ocupación, explotación y configuración del paisaje de montaña del que forma parte la cuenca del Taibilla en una amplia diacronía y, especialmente, durante la Segunda Edad del Hierro. Para ello, se ha seguido una perspectiva teórica y metodológica fundamentada en la Arqueología del Paisaje, entendiendo que es posible reconocer en él las huellas arqueológicas de las sociedades del pasado.

Este trabajo tiene un gran componente inédito formalizado en el aporte de nuevos datos procedentes del trabajo de campo. La mayor parte de los datos expuestos han sido generados durante las campañas arqueológicas desarrolladas en el Taibilla entre los años 2017 y 2019, en combinación con los datos procedentes de algunas actuaciones realizadas en el transcurso del proyecto Alto Segura dirigido por Susana González Reyero, marco referencial de este trabajo de investigación. Todas ellas quedan detalladas en el Capítulo 8 dedicado a la exposición de los datos del trabajo de campo.

En las metodologías de campo implementadas se han potenciado estrategias arqueológicas no invasivas trabajando a diversas escalas, donde el artefacto constituye la unidad mínima de análisis, ampliándose el foco al sitio arqueológico, a su entorno, mediante el

estudio de las potenciales áreas productivas y de las vías de comunicación y, finalmente, a la amplia región articulada por la cuenca del río Taibilla.

En este panorama, la diacronía del estudio es relevante porque nos permite reconocer el dinamismo de los procesos históricos de este territorio, donde incorporamos nuevos datos al escaso volumen de investigaciones publicadas. Se ha realizado una síntesis de las etapas bisagra del I milenio a.n.e., ofreciendo una perspectiva diacrónica amplia que se iniciaría en la Edad del Bronce y finalizaría en época tardoantigua. No obstante, el discurso histórico de este trabajo se centra en las sociedades ibéricas de la Edad del Hierro. Existen numerosos estudios del poblamiento ibérico que ofrecen un dilatado panorama de las diversas articulaciones territoriales y sociales de los paisajes iberos (Ruiz y Molinos 1993), cada vez mejor conocidos por el incremento de trabajos sobre las estructuras del poblamiento de época ibérica (Ruiz *et alii* 1998; Ruiz y Molinos 1993; Grau 2000-2001; 2021a; Grau *et alii* 2015; 2021; Soria 2000; Bonet y Mata 2001; Quixal 2013; Gómez Cabeza 2016; López Mondéjar 2010; 2012; 2016; Ramos 2018; Bayo 2018; por citar algunos). En este amplio marco incorporamos el estudio de las formas de poblamiento de la región montañosa del Taibilla.

El trabajo se ha organizado en diecisiete capítulos articulados en seis bloques. El primero de ellos recoge los elementos descriptivos del territorio y los principales datos historiográficos de la arqueología del Taibilla. Estos primeros capítulos son especialmente relevantes porque permiten comprender la entidad del área de estudio y, sobre todo, contextualizar los prejuicios que existen sobre la región y los problemas que hemos tenido que afrontar en el registro arqueológico.

Los capítulos del segundo bloque exponen la metodología empleada y su articulación en la corriente de la Arqueología del Paisaje. Debido a que se trata de un territorio poco explorado se ha optado por implementar estrategias conocidas que han sido aplicadas en otros territorios, lo que nos permite realizar estimaciones sobre las particularidades del registro a partir de valoraciones comparativas con los datos documentados en otros lugares.

En el tercer bloque se exponen los datos recuperados en campo, presentando un total de 42 sitios de diversas cronologías que han sido prospectados en el desarrollo de esta investigación. Estos datos conforman buena parte del grueso de esta obra, puesto que se trata de información primaria y, en muchos casos, constituye la única información disponible. Por lo tanto, creemos que los datos aquí presentados serán de utilidad también para otros grupos de investigación.

En cuarto lugar, se exponen los análisis realizados sobre los datos previos. Estos capítulos asientan las bases de nuestras propuestas y permitirán configurar un discurso coherente de las hipótesis planteadas. Este bloque está integrado por los análisis geomáticos efectuados sobre los asentamientos del I milenio a.n.e., donde se ha abordado el estudio del poblamiento, el análisis de las vías de comunicación, los procesos productivos y la plasmación en el paisaje del mundo simbólico.

Estos análisis cobrarán sentido en la lectura diacrónica del paisaje de la cuenca del Taibilla que se articula en el quinto bloque. En estos capítulos se incide especialmente en las etapas comprendidas en el I milenio a.n.e., pero se incorpora una visión sintética de la etapa precedente y la posterior, tal y como se ha especificado con anterioridad.

Finalmente, el último bloque y capítulo se dedica a las conclusiones y a las reflexiones finales. En él se incide en la diversidad de las formaciones sociales reconocidas en este territorio y en la importancia de estudiar las regiones montañosas como unidades de paisaje atendiendo a sus especificidades.

En definitiva, este trabajo abre una ventana a una región poco conocida para la investigación donde se reconocen fenómenos socioeconómicos y territoriales articulados en el contexto de los procesos históricos de las sociedades ibéricas del sureste peninsular. El desarrollo de las formas de ocupar los espacios a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.n.e. difiere de las documentadas en otros territorios, pero ello no significa que no exista una estructura poblacional articulada en el paisaje del Taibilla. Con todo ello, se aportan argumentos para romper con las ideas preconcebidas sobre las regiones montañosas, evidenciando que la región del

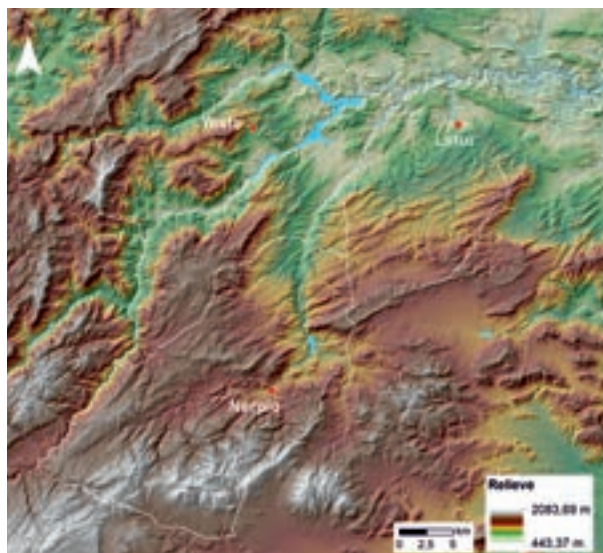


Figura 1. Localización de los términos municipales de Yeste, Letur y Nerpio en la provincia de Albacete y su relieve (elaboración propia).

Taibilla fue un área ampliamente habitada, integrada en los procesos sociales del sureste peninsular y donde se reconocen diversas formas sociales y territoriales a lo largo del tiempo, demostrando así su dinamismo.

2. DESCRIPCIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO

2.1. La geografía del Taibilla

La cuenca del Taibilla forma parte de la comarca de la sierra del Segura, localizada al sur de la actual provincia de Albacete. El río pertenece al entramado hídrico del Alto Segura, siendo uno de sus principales afluentes, y discurre por los municipios albacetenses de Nerpio, Yeste y Letur, términos municipales en los que se ha desarrollado este trabajo (Fig. 1). Esta región se caracteriza por presentar una marcada y variada orografía, conformando un territorio de media montaña que pertenece al dominio geomorfológico de los sistemas béticos en la región Sub-Bética. El paisaje se compone de sierras intercaladas con valles longitudinales, consiguiendo así una compartimentación del paisaje donde las cuencas fluviales y los valles constituyen los ejes de unión entre los microterritorios que componen la región.

La diferencia de alturas entre los fondos de los valles y las cimas es considerable. La mitad sur del Taibilla presenta una orografía compleja y es posi-

ble encontrar algunas zonas con un abrupto relieve, mientras que la mitad norte presenta espacios más abiertos y alomados, sobre todo en las áreas próximas a los ríos. De esta manera, al norte la orografía es más suave, con sierras menos elevadas y valles más amplios. La variabilidad altimétrica en el sur oscila entre los 1 000 y los 2 000 m s.n.m., destacando la sierra de las Cabras con 2 080 m de altura en el extremo sureste del territorio nerpiano. Por su parte, la mitad norte presenta una variabilidad altimétrica entre los 600 y los 1 200 m s.n.m. de altura, aunque hacia el noroeste la cota descende hasta los 443 m s.n.m. en las proximidades del río Segura.

Entre las principales sierras (Fig. 2), al sur se localiza la ya mencionada sierra de las Cabras que constituye el punto más alto de la región, pero también encontramos la sierra de Huebras, la sierra de la Hoya del Espino y la sierra del Taibilla. Todas ellas conforman la zona más abrupta del territorio del Taibilla, intercaladas con altiplanos en los que desembocan numerosos barrancos y arroyos procedentes de las sierras. De hecho, el río Taibilla nace a partir de la aportación hídrica de varios de estos arroyos y barrancos localizados en la vertiente septentrional de las sierras de la Cabras y de la Hoya del Espino, donde se conocen una gran cantidad de fuentes y surgencias de agua. Desde este tramo del río y hacia el norte, el Taibilla

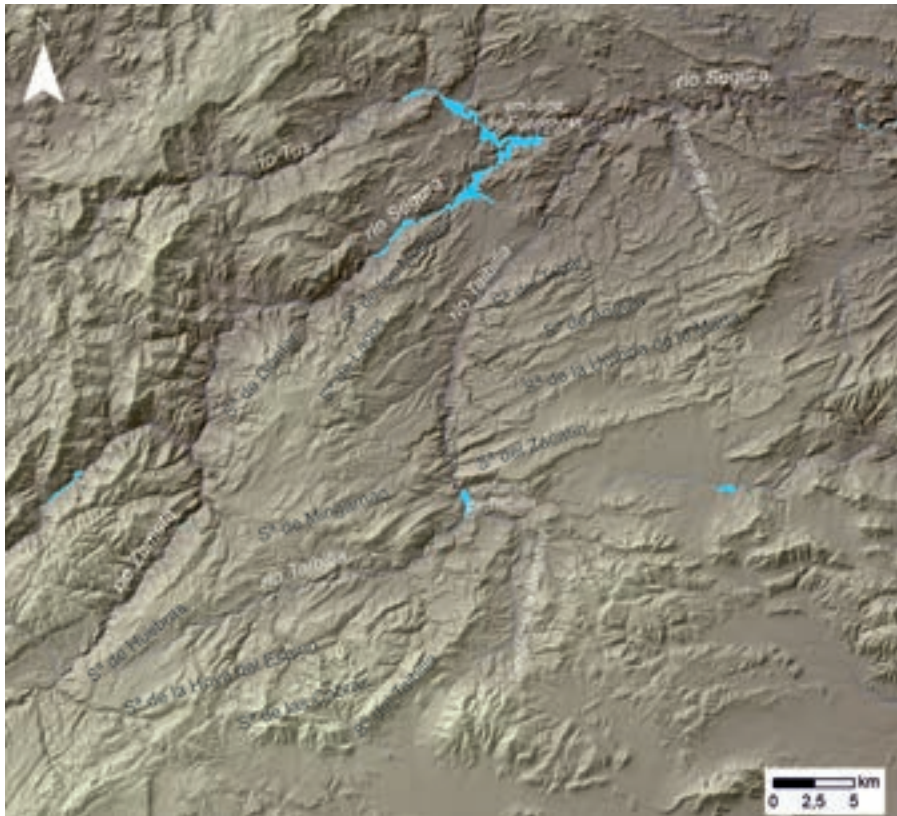


Figura 2. Principales sierras y cursos fluviales de la cuenca del Taibilla (elaboración propia).

será el eje central en la configuración del territorio, a cuyos lados se erigen varias cadenas montañosas. Al este se suceden la sierra del Zacatín, la sierra de la Umbría de la Marta, la sierra de Angula y la sierra del Tobar, todas ellas intercaladas nuevamente con valles longitudinales. Al oeste, entre el río Taibilla y los ríos Zumeta y Segura, se disponen una serie de sierras paralelas a los cursos fluviales: la sierra de Mingarnao, la sierra de Góntar, la sierra de Lagos y la sierra de los Molares. Por último, el área circunscrita entre el embalse de la Fuensanta, el arroyo de Letur y la sierra del Tobar, se trata del área más fácilmente transitable de la región, con valles más amplios, relieves menos abruptos y montañas menos elevadas, como ya se ha señalado previamente.

Esta diversidad en la orografía influye en las temperaturas, pues presentan fuertes contrastes entre las zonas de mayor altimetría y las de menor cota. De esta manera, el periodo frío se caracteriza por unas temperaturas mínimas inferiores a 7 °C de media

durante cinco meses al año, ocho meses en el caso de Nerpio que se encuentra más al interior de la zona de sierra. Las mínimas absolutas registradas en los últimos años alcanzan los -15 °C e incluso -22 °C en las áreas más montañosas. Por otro lado, el periodo cálido cuenta con una media de temperaturas máximas superiores a los 30 °C durante uno o dos meses al año (Fernández González 2014), llegando a alcanzar los 45 °C de máxima.

Por lo que respecta a las precipitaciones, en los últimos 30 años (1981-2010) la media anual del registro pluviométrico oscila entre los 400 y 700 mm, aunque en determinadas zonas llega a superar los 1000 mm anuales (Mapas Temáticos del Atlas Nacional de España, IGN). Es importante destacar que se suelen dar lluvias torrenciales e inundaciones en algunos momentos del año.

Teniendo en cuenta estos datos, el clima de este territorio se identificaría con el tipo mediterráneo templado (Fernández González 2014: 121) en combinación

con un clima de montaña en algunas zonas. Según la clasificación de Köppen se trataría de un clima tipo Csa, el cual se caracteriza por ser un clima templado con veranos secos y calurosos, aunque en las áreas más montañosas se definiría como un clima templado con veranos secos y suaves (Aguilera *et alii* 2016). Las oscilaciones térmicas son más acuciantes en las zonas de cotas más altas, lo que afecta a los ciclos vegetativos. Por ello mismo, la variable térmica influirá en la toma de decisiones por parte de las comunidades humanas sobre el tipo de cultivos empleados en cada uno de los espacios de la región, de manera que aquellos cultivos con ciclos agrícolas cortos o el cultivo de cierto tipo de cereales que aguantan mejor las bajas temperaturas serán más adecuados para las zonas más montañosas.

En la región predominan las litologías mesozoicas que, en el caso del Taibilla consisten fundamentalmente en calizas, dolomías, margas y areniscas, aunque en algunas zonas la formación litológica también presenta conglomerados, arcillas, evaporitas, vulcanitas básicas, turbiditas calcáreas y yesos. Además, se conocen en el entorno diversos recursos metalogenéticos como los depósitos cupríferos de Nerpio, los de hierro y azufre en Yeste y los de plomo en más de cincuenta puntos de la provincia de Albacete (Vilar y Egea 1986).

Su edafología se define principalmente por suelos tipo Xerochrept, caracterizados por ser suelos profundos con bajo contenido de materia orgánica y ligeramente ácidos. No obstante, en la zona noreste del área de estudio también encontramos suelos tipo Camborthid, profundos, con pH ácido, poca materia orgánica y textura franco-arcillo arenosa; y suelos Calciorthid, también profundos, pero con un pH básico, de tipo calcáreo, textura franco-arenosa y bajo contenido en materia orgánica (Fernández González 2014).

Hoy en día, la vegetación de la zona presenta una gran riqueza con especies propias del bosque mediterráneo como la encina, la sabina, el enebro o el quejigo, aunque predominan los pinares de reforestación, sobre la que profundizaremos en el siguiente epígrafe. La cobertura vegetal es variada, en función de la orografía y altitud de la zona (Escudero *et alii* 1995), con especies de matorrales camefíticos, habituales en las

zonas de claros y en el suelo de los bosques, tomillares y formaciones esteparias de esparto y lentisco.

Los sitios arqueológicos estudiados en este trabajo quedan delimitados espacialmente por las unidades geográficas de las sierras meridionales del territorio nerpiano, la sucesión de sierras al este del Taibilla en el término de Letur, el río Zumeta y el río Segura al oeste y la desembocadura del Taibilla en el Segura al norte; siempre dentro de los actuales términos municipales de Yeste, Letur y Nerpio. En definitiva, el área de estudio se centra en los espacios articulados en torno a la cuenca del Taibilla, por lo que se han incluido las zonas de confluencia con los ríos Segura y Zumeta, pero excluyendo los territorios más alejados. Esto se debe, principalmente, a que el presente trabajo se articula en una línea de investigación en la que se están desarrollando trabajos en otras cuencas hidrográficas de la región bajo un marco común.

2.2. Las principales transformaciones en el paisaje

Esta región montañosa presenta unas profundas transformaciones en el paisaje producidas, en parte, por la influencia de las comunidades que han gestionado los recursos naturales de este medio. Estas transformaciones se hacen patentes si comparamos los datos procedentes de fuentes escritas de otras etapas históricas con la actualidad. Para ello, contamos con *Las Relaciones Topográficas de Felipe II* (1579) (en Carrillero *et alii* 2014) y el *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal* de Sebastián Miñano (1845). Aunque también hay otros elementos que han conllevado evidentes transformaciones que son claramente observables hoy en el paisaje de la región, como son los embalses de Taibilla y de la Fuensanta.

En *Las Relaciones Topográficas de Felipe II* se describen las características geográficas y las actividades agropecuarias de los municipios de Letur y Yeste, incluyendo a Nerpio en este último, ya que no existía de forma independiente en la época, sino que estaba integrado en el concejo de Yeste.

Letur se describe como una villa «deley/table, alegre y de mucha agua y frescuras de/yedras y bedarras y çarças y otros muchos ar/boles que no son de fruto/», y que estarían constituidos por chaparrales,

romerales, algunos pinares y carrascos, señalándose la abundancia de leña. En la descripción se incide en su relieve formando numerosos riscos, peñas, piedras y sierras, siendo una tierra muy montañosa y quebrada, por lo que es «muy mysera de labran/ças» (Carrillero *et alii* 2014: 143-145). En relación con la fauna de la zona, se mencionan ciervos, venados, conejos, perdices, liebres, lobos y turones, entre otros. Además, se especifica la amplia cantidad de pastos para el ganado.

La villa de Yeste (donde está incluido Nerpio) se describe como una tierra de grandes valles y alturas donde predominan los carrascales, robledales, alcornoques y cuatro variedades de pinos, algunos de ellos piñoneros. También hay olmos, tejos, acebos, nogueras, cerezos, ciruelos, perales y manzanos silvestres, madroños, romerales, lentiscas y otros árboles pequeños. Próximos a los ríos crecen álamos blancos, chopos, adelfas y muchas hierbas medicinales que se exportan a otras tierras. De nuevo, se habla de la presencia de venados, corzos, cabras montesas, conejos y liebres, perdices, lobos, turones, ginetas y aves como águilas, halcones o buitres. Por último, se dice que Yeste está ubicada «en sierra y muy montosa y de grandes sierras, altas, hondos y barrancos/ y breñas, y a esta cava es poca la labrança que en ella ay, y es tan fértil de montes/ que si la tierra labrada la dexasen de cultivar diez años, crian tanto que parece/ que nunca se ha cultivado según y con la brevedad que se crian los montes» (Carrillero *et alii* 2014: 262-263).

Vemos, por lo tanto, que las descripciones ofrecen una imagen de una sierra agreste donde la vegetación silvestre es abundante, por lo que la silvicultura será una actividad importante en el aprovechamiento del territorio. De hecho, hay noticias sobre la importancia de la actividad maderera en la economía de la región, pues se conoce el transporte de madera procedente de las sierras de Segura hacia otras áreas desde el siglo XI. Aun así, será a partir de 1470 cuando se inicie la tala masiva de árboles para su explotación y roturaciones en la zona. En el siglo XVIII la explotación maderera se incrementó bajo la demanda de construcción de barcos en las costas murcianas. Tras las grandes talas de bosques efectuadas principalmente en el siglo XVIII, el paisaje vegetal cambió considerablemente (Sán-

chez Gómez *et alii* 1995; de la Cruz 1977). Desde ese momento encontramos un claro avance de los pinos en detrimento de los robles y encinas, que ahora son menos del 30 % de la masa forestal cuando solían ser el 74 %. A partir de entonces los pinares pasan a constituir el 65 % de la vegetación arbórea (Sánchez Gómez *et alii* 1995).

En el diccionario de Miñano es posible indagar más sobre estos procesos de deforestación de la masa boscosa y la actividad económica relacionada. En Letur se habla de la existencia de montes de pinos y carrascas dedicados a la explotación maderera para la construcción civil y marítima. En Nerpio también se señalan los montes de pino salgareño y carrascas y se vuelve a reseñar las hierbas medicinales, un producto que vemos constantemente mencionado en las fuentes. En la zona de Yeste los montes se dedican a pinos, carrascos y pinos rodenos para su explotación maderera.

En definitiva, la actividad maderera fue de gran relevancia en la región e implicó un cambio considerable en la vegetación, pasando de un bosque mixto con una gran variedad arbórea a un paisaje mucho más homogéneo con predominancia de las grandes masas de coníferas. Este cambio en la vegetación también está relacionado con los procesos de repoblación con variantes de *Pinus nigra* y *Pinus nigra austriaca*, en detrimento de la utilización de frondosas como encinas, alcornoques o robles. Los pinos fueron la principal especie arbórea elegida para la repoblación de los paisajes desnudos llevada a cabo en España entre 1940 y 1987, puesto que son especies óptimas para terrenos pobres que sufren sequías prolongadas y se encuentran en espacios de temperaturas extremas (Gil y Aránzazu 1993). Igualmente, es reseñable la desaparición de especies como el ciervo, los venados o los lobos en este territorio.

Por otro lado, también ha habido cambios importantes en la gestión de los recursos hídricos. El territorio de Yeste, Letur y Nerpio se caracteriza por disponer de una gran cantidad de surgencias naturales de agua, por lo que se ha aprovechado la abundancia acuífera para cubrir la carestía de otras zonas. Con el objetivo de surtir de agua potable a otras poblaciones de las provincias de Murcia y Alicante y, principalmente, a

la base naval y al puerto de Cartagena, se creó en 1927 la Mancomunidad de los Canales del Taibilla (Nieto 2011). En 1918 ya se había propuesto la construcción del embalse de Taibilla, aunque su ejecución no se concretó hasta el año 1970. Mientras tanto, se construyó un azud o presa de toma en el desfiladero del Estrecho del Aire a 6 km de la previsible localización del embalse, como alternativa a la obra hidráulica que no pudo realizarse por posibles problemas de filtraciones en el vaso y que no resolvieron hasta tiempo después. La presa de toma y el Canal del Taibilla empezaron así a dar servicio de agua potable a los lugares mencionados a partir de 1930. El embalse de la Fuensanta, en el río Segura, sí se construye en fechas tempranas, entre los años 1929 y 1933, desarrollado por la Confederación Hidrográfica del Segura.

Es evidente el impacto que estas construcciones han tenido en el paisaje. En primer lugar, los propios embalses, de considerables dimensiones, han alterado el relieve, el curso del río y han modificado las vías de comunicación que atravesaban este territorio. Además, la regulación del cauce de los ríos ha transformado las áreas de ribera y, por consiguiente, la vegetación y fauna que les eran propias.

En último lugar, el abandono de los usos tradicionales del suelo y la fuerte erosión son otras de las causas de la transformación del paisaje del Taibilla y serán muy relevantes en la conservación y visibilidad de los sitios arqueológicos. La ya mencionada variabilidad de las temperaturas, con frecuentes heladas y lluvias torrenciales que se dan principalmente en las cotas más altas de la región, es un factor altamente erosivo, sobre todo, en los terrenos rocosos calizos, donde se puede ver el avance del desprendimiento de las rocas. Por lo que respecta al progresivo abandono de los usos tradicionales del suelo, supone la tendencia hacia un paisaje mucho más agreste e incultivado que enmascara la potencialidad agrícola de la región. Este tema se detallará ampliamente en el siguiente apartado.

2.3. El Taibilla en las últimas décadas

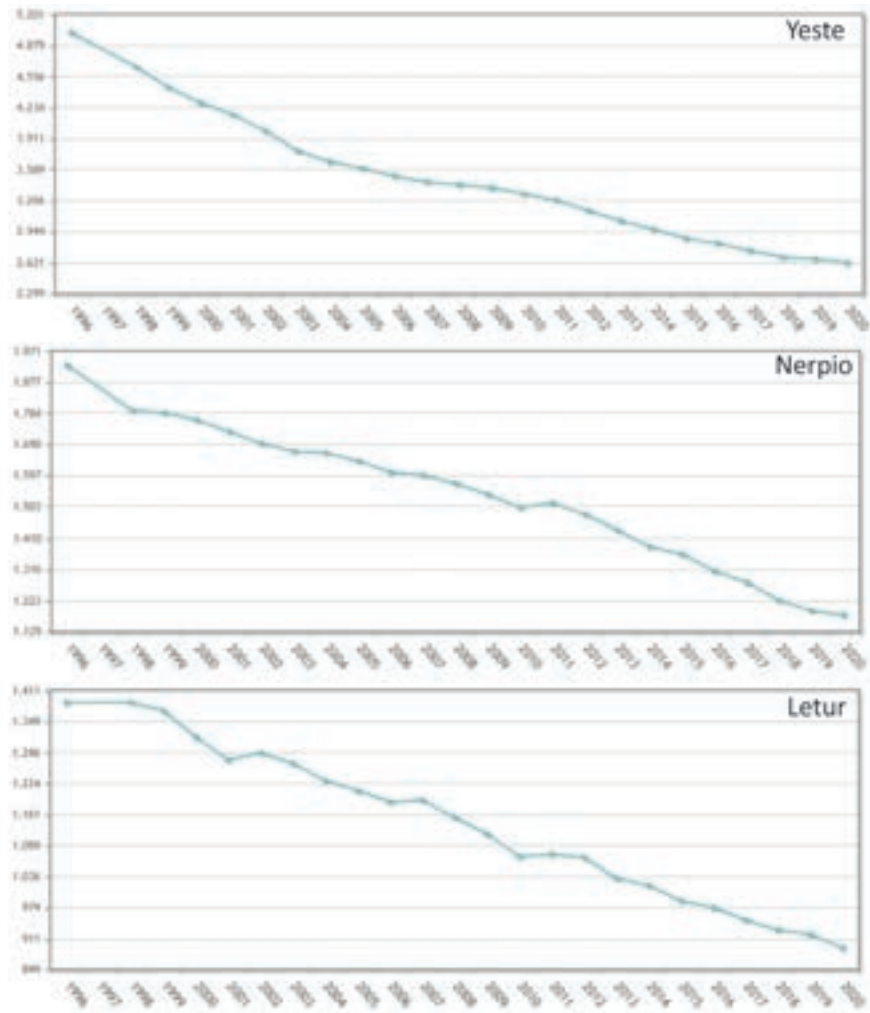
Los municipios de Yeste, Letur y Nerpio se localizan en el extremo más meridional de la provincia de Albacete, siendo uno de los lugares más alejados de la

capital de provincia. Estos municipios se sitúan en la frontera entre varias comunidades autónomas: al suroeste lindan con las provincias andaluzas de Jaén y Granada y al este con Murcia. De hecho, este territorio perteneció a la provincia de Murcia hasta la instauración de la democracia en España, de ahí que los vecinos de estas tres localidades albaceteñas mantengan un claro vínculo con la región de Murcia.

El carácter montañoso de estas localidades unido a su ubicación limítrofe ha dejado a este territorio con una apariencia aislada e incluso marginal. Esta visión se construye también a partir de otros datos relacionados con las infraestructuras de comunicaciones, deficitaria en cuanto a la calidad de los caminos y carreteras que conectan estas localidades entre sí, con el resto de la provincia y de forma intercomunitaria; también con la población censada en los municipios en una clara tendencia a la baja; y con la escasa capacidad productiva de la región bajo los términos actuales de producción agraria. Según el Instituto Nacional de Estadística la población resultante de la revisión del Padrón municipal a 1 de enero de 2020 es de 2 614 personas en el término municipal de Yeste, 1 178 personas empadronadas en Nerpio y 892 inscritas en Letur. Si observamos los datos del censo poblacional de estas tres localidades en las últimas décadas (Fig. 3) es muy claro el descenso de la población de la región. La migración de personas desde las áreas rurales hacia las grandes ciudades es un proceso demográfico que viene desarrollándose durante años y que se ha incrementado en gran medida desde los años 50-60 del siglo xx con el desarrollismo. Este fenómeno supone un grave problema de despoblación que afecta a numerosas localidades españolas, agrupadas recientemente bajo la denominación de «España vaciada».

A su vez, la población censada no reside únicamente en los tres núcleos principales de población, sino que se encuentra dispersa en el territorio entre las numerosas pedanías que lo configuran. Letur cuenta con tres pedanías: La Dehesa de Iznar, la Fuente de la Sabina, donde se encuentran varios caseríos y cortijos dispersos, y La Abejuela. En Yeste encontramos trece pedanías: Majada Carrasca, Arguellite, Fuentes, Góntar, Graya, Jartos, Morospeche, Paúles, Rala, Raspilla,

Figura 3. Gráficos elaborados a partir de los datos y las gráficas consultadas en el INE sobre las cifras oficiales de población resultantes de la revisión del Padrón municipal a 1 de enero desde el año 1996 hasta 2020 de los municipios de Yeste, Nerpio y Letur (provincia de Albacete) (elaboración propia).



	TOTAL	INDUSTRIA	CONSTRUCCIÓN	COMERCIO, TRANSPORTE Y HOSTELERÍA	TOTAL SERVICIOS*
Yeste	153	12	27	82	32
Letur	61	10	10	32	9
Nerpio	70	8	12	41	9

Tabla 1. Empresas por municipio y actividad principal en el año 2015. Datos del INE.

*Total servicios: Incluye actividades relativas a la información y comunicaciones, actividades financieras y de seguros, actividades inmobiliarias, actividades profesionales, científicas y técnicas, actividades administrativas y servicios auxiliares, educación y actividades sanitarias y de servicios sociales (elaboración propia).

Sege, Claras y Tus. Por último, Nerpio cuenta con doce pedanías: Beg, Los Belmontes, Cañadas, Casa de la Cabeza, Cortijo del Herrero, Los Chorretites de Abajo, La Dehesa, Jutia, Los Morenos, Pedro Andrés, Tobarico y Yetas de Abajo. Más allá de los núcleos rurales, las cortijadas y caseríos son la forma de poblamiento tra-

dicional del territorio, siendo las pedanías el resultado de la agrupación de algunos cortijos.

La economía local de estos tres municipios presenta una marcada orientación hacia la agricultura, la ganadería y el sector terciario. Los datos consultados en el Instituto Nacional de Estadística (INE: Empresas

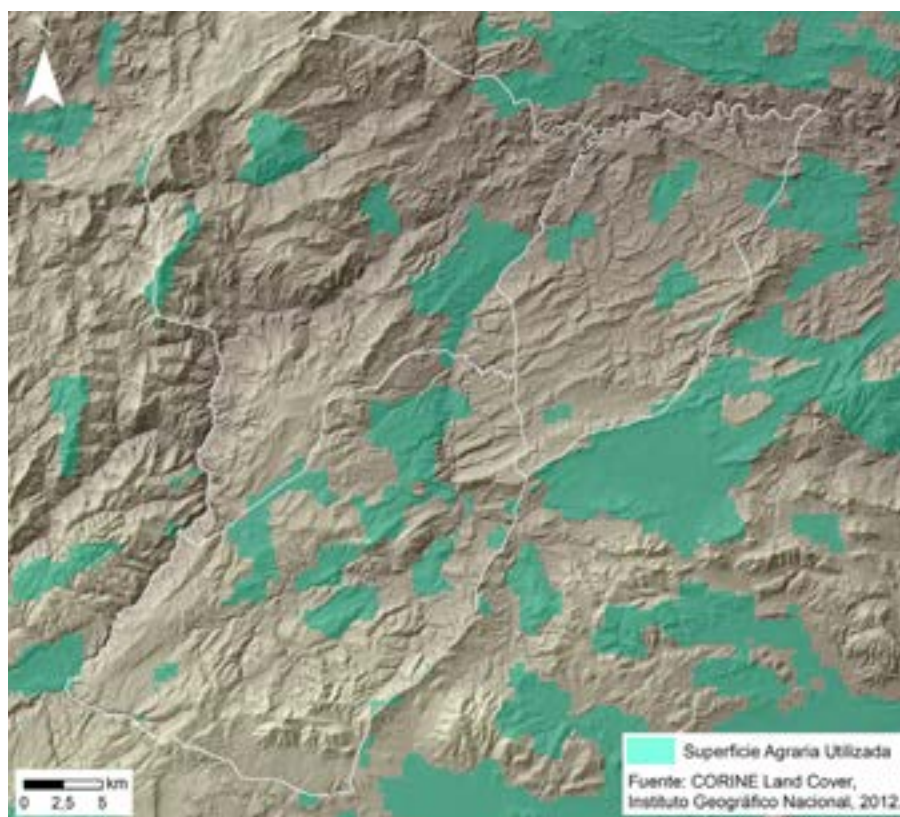


Figura 4. Mapa de Superficie Agraria utilizada en los términos municipales de Yeste, Letur y Nerpio a partir de los datos de CORINE Land Cover 2012 (elaboración propia).

por municipio y actividad principal) nos muestran una clara vinculación de las empresas locales hacia actividades económicas del sector servicios. Según los datos del año 2015 (el más reciente con datos procedentes de las tres localidades), la actividad principal de las empresas registradas se dedica al comercio, al transporte y a la hostelería, seguida de la construcción y de la industria (Tabla 1).

Según Fernández González (2014) la región de Nerpio, Yeste y Letur presenta dificultades para el desarrollo de la agricultura debido a su irregular relieve, especialmente si se compara con las explotaciones agrarias de los territorios localizados al noroeste de la comarca de la sierra de Segura y otras zonas de la provincia; sin embargo, se trata de una de las actividades principales de su economía. Si observamos el mapa de Superficie Agraria Utilizada (Fig. 4) documentada en 2012 en el proyecto CORINE Land Cover podemos ver como la extensión del aprovechamiento de tierras se circunscribe a las zonas de valle, altiplanos y a las

proximidades de los cursos fluviales, así como al entorno próximo a los tres principales núcleos de población.

Si bien es cierto que el marcado relieve puede presentar dificultades para el modelo de explotación del suelo orientado a la agricultura de mercado, la agricultura tradicional caracterizada por un paisaje formado por distintas unidades heterogéneas que combinan varios tipos de aprovechamiento del suelo puede desarrollarse sin grandes dificultades en este territorio.

Con el objetivo de conocer en detalle las características agrarias de la región profundicemos en los datos del Censo Agrario de 2009 (INE) en estos tres municipios (Tabla 2, 3 y 4). De la superficie total cultivada más del 95 % del uso agrario está orientado a cultivos de secano. En este grupo no solo se encuentran registradas las plantaciones, sino que también se incluyen los pastos permanentes y otras tierras.

En la categoría de otras tierras entraría el terreno con vegetación espontánea y sin aprovechamiento

	Nº DE EXPLOTACIONES	SUPERFICIE TOTAL CULTIVADA (Ha)	SECANO	REGADÍO
Yeste	583	12.578'11	12.069'40	508'71
Letur	223	9.777'70	9.398'19	379'51
Nerpio	290	25.932'33	25.527'90	404'43

Tabla 2. Superficie total cultivada (Ha) y su división en tipos de cultivos. Censo agrario 2009 (elaboración propia).

	TIERRAS PARA PASTOS PERMANENTES	TIERRAS LABRADAS	OTRAS TIERRAS
Yeste	2.950'75	3.331'97	6.295'39
Letur	1.785'25	2.777'57	5.214'88
Nerpio	8.316'07	2.886'59	14.729'67

Tabla 3. Aprovechamiento de Tierras por tipos. Censo agrario 2009 (elaboración propia).

APROVECHAMIENTO DE TIERRAS: SUBGRUPOS DE CULTIVOS	YESTE	LETUR	NERPIO
	SUPERFICIE (Ha)		
Cereales	495'81	743'17	851'46
Leguminosas	18'70	38'94	56'61
Patata	77'39	5'42	3'11
Cultivos industriales	0'50	35'38	—
Cultivos forrajeros	60'28	231'13	201'54
Hortalizas, melones y fresas	15'24	52'11	5'43
Flores y plantas ornamentales	—	—	0'09
Barbechos	615'42	742'79	750'66
Huerto para consumo familiar (menor a 500 m2)	3'83	0'50	0'72
Cultivos leñosos	2.044'80	928'13	1.016'97
Tierras para pastos permanentes	2.950'75	1.785'25	8.316'07
Otras tierras	6.295'39	5.214'88	14.729'67

Tabla 4. Subgrupos de cultivos. Censo agrario 2009 (elaboración propia).

agrícola, la superficie con especies arbóreas forestales que no se utiliza para pastos, eras, construcciones, canteras, patios, caminos, estanques y otras tierras cultivables que no han sido utilizadas recientemente. Es decir, se refiere a todas aquellas tierras que pudiendo ser empleadas para uso agrícola o ganadero no están en uso o bien responden a un uso maderero. De hecho, estas «otras tierras» suponen un 50 % de las hectáreas correspondientes a la totalidad de la superficie cultivada de Yeste, un 53'3 % en Letur y un 56'8 % en Nerpio.

De las hectáreas aprovechadas para agricultura existe una amplia diversificación de los cultivos. Entre la plantación de cereales encontramos principalmente cebada y avena, aunque también se cultiva trigo duro o trigo desnudo, trigo blando y escanda, centeno, maíz en grano y, en un porcentaje muy minoritario, arroz

(únicamente en el municipio de Nerpio). Las hortalizas más cultivadas son las leguminosas de grano como garbanzos, judías, lentejas, habas, haboncillos y altramuces dulces. También es común la cosecha de melones y fresas, tanto al aire libre como en abrigo bajo. El cultivo de la patata se da principalmente en el municipio de Yeste, aunque también es habitual el cultivo de otras raíces y tubérculos forrajeros. Por otro lado, existe un cultivo dedicado a las plantas aromáticas, medicinales y especias en el término municipal de Letur, y por otro, la plantación de flores y plantas ornamentales en el término de Nerpio. Además, son comunes los frutales de fruto seco en los tres términos, destacando la nuez de Nerpio que tiene el sello de Marca de Calidad Diferenciada. También la aceituna de mesa y, mayoritariamente, la aceituna de almazara

	BOVINOS	OVINOS	CAPRINOS	EQUINOS	PORCINOS	AVES	CONEJAS MADRES	COLMENAS
Yeste	541	5,192	4,926	110	50	458	18	194
Letur	78	7,066	1,711	8	1,96	53	11	681
Nerpio	308	30,743	5,055	17	—	129	56	514

Tabla 5. Número de cabezas de ganado por especies. Censo agrario 2009 (elaboración propia).

son cultivos importantes de la región y, en menor medida, el cultivo de la uva de vinificación y uva de mesa. Por último, también están presentes los cítricos, otros árboles frutales y bayas.

Además del desarrollo de la agricultura, la práctica de la ganadería es otra de las actividades principales de la región (Tabla 5). Destaca el ganado ovino y caprino en las tres localidades, aunque en Letur también es importante el ganado porcino. Sería relevante destacar la apicultura, pues la producción de miel es otra de las actividades tradicionales de la zona. De hecho, se atestigua esta práctica, al menos, desde el siglo XVI, pues en *Las Relaciones Topográficas de Felipe II* se señala que la villa de Letur y la de Yeste viven de la agricultura, la ganadería y de algunas colmenas (Carrillero *et alii* 2014: 148, 262-263).

Aunque los datos expuestos se refieren al año 2009 resultan de interés para evidenciar la capacidad agrícola y ganadera de toda la cuenca. Si bien es cierto que existe un porcentaje importante de las tierras de aprovechamiento agrario en desuso, este hecho estaría probablemente relacionado con el crecimiento de la despoblación y el progresivo abandono del suelo. A ello debe sumarse la distorsión que suponen las lógicas económicas ajenas a la región, como es la PAC (Política Agraria Común) y otras políticas sectoriales que presentan una incidencia mucho mayor en la actualidad que las economías tradicionales de la zona.

Si volvemos a los datos de *Las Relaciones Topográficas de Felipe II*, hay varias alusiones a la dificultad de trabajar la tierra por tratarse de una zona de abruptos relieves, aunque también se habla de la riqueza vegetal e hídrica de este territorio. Asimismo, se realiza un detallado análisis de los cultivos de Letur, Yeste y Nerpio, con predominancia del trigo, la cebada, el centeno, el mijo, los olivares y las viñas, en combinación con una

minoritaria horticultura; tal y como sucede hoy en día, ya que los cultivos de secano continúan siendo los mayoritarios. También se mencionan los cultivos de lino, cáñamo, granados, membrillos, ciruelos, guindos, cerezos, manzanos e higueras en el territorio de Yeste-Nerpio, asegurando que las frutas «son muy buenas» (Carrillero *et alii* 2014: 258). El diccionario de Miñano relata una lista similar de las producciones agrícolas de estos territorios, destacando nuevamente el cultivo de la seda en Yeste, además del ganado lanar, cabrío y vacuno junto con la producción de miel, descritos como productos de gran consideración (Sánchez Gómez *et alii* 1995).

Por todo lo expuesto, podemos proponer que, aunque la cuenca del Taibilla es una zona orográficamente compleja, existe una gran potencialidad de los usos del suelo, con una importante capacidad agrícola, ganadera y maderera en el marco de una agricultura tradicional, no mecanizada.

En resumen, la imagen actual de la sierra como un espacio despoblado, agreste y sin dinamismo económico ha configurado una imagen distorsionada de este territorio de montaña. A ello se suma la actual dinámica de ensalzamiento de los espacios naturales articulado en un conjunto de políticas de protección y preservación del medio ambiente que dejan a un lado el paisaje histórico. El reclamo de lo rural como valor turístico sitúa el foco en los parajes naturales, mientras que la realidad de estos espacios incluye una considerable antropización a lo largo de su historia. De esta manera, esta imagen construida de los espacios naturales en la actualidad ha consolidado una serie de preconcepciones y valoraciones que se han trasladado a otros momentos de la historia, definiendo así esta área de sierra como un territorio despoblado, marginal y, prácticamente, sin historia hasta la Edad Media, con



Figura 5. Imagen de un rebaño de ovejas en el Valle de Incol (Letur). Fotografía tomada en septiembre de 2019 (foto: autora).

la singular excepción de los abrigos de arte rupestre neolíticos. Esta situación lleva a una equivocada concepción de los paisajes actuales con una dicotomía entre lo natural y lo construido por la acción humana. Por ello, plantemos que la valoración de los paisajes naturales debería evolucionar hacia un marco común e integrador, donde estos espacios adquieran un sentido pleno bajo la categoría de paisaje cultural.

La idoneidad del presente trabajo se fundamenta precisamente en el desconocimiento de las características y articulación del poblamiento, de las estructuras sociales y de los modelos de aprovechamiento del territorio durante la Protohistoria y las etapas de transición de esta región. Por lo tanto, con el desarrollo de este trabajo se pretende avanzar en el conocimiento sobre la «sierra vaciada», con el fin de aportar una perspectiva histórica diacrónica a este paisaje de media montaña.

3. HISTORIA RECIENTE DE LA ARQUEOLOGÍA DEL TAIBILLA

3.1. La arqueología ibérica en la provincia de Albacete

En las décadas de 1990 y los 2000 se desarrolló en la provincia de Albacete la redacción de las cartas arqueológicas, promovidas por el interés de las instituciones en conocer y salvaguardar la cultura y el patrimonio albacetenses. En cuanto a la investigación arqueológica se refiere, el Instituto de Estudios Albacetenses ha

supuesto un gran apoyo para los distintos proyectos que se han venido realizando en las últimas décadas, tanto por la capacidad de financiación como de difusión del conocimiento a partir de las publicaciones editadas por el propio instituto (Abad 2002).

La arqueología ibérica en Albacete ha tenido una amplia acogida, siendo numerosos los trabajos sobre los asentamientos, las necrópolis y los santuarios de cronologías ibéricas en la provincia. Entre los diversos proyectos, uno de los mayores hitos arqueológicos lo constituye el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), sitio clave en la historiografía ibérica albacetense, el cual fue excavado por primera vez por Fernández de Avilés en 1962 (Fernández de Avilés 1966) y, más tarde, por Teresa Chapa entre 1977 y 1981 (Chapa 1980; 1984; Chapa y Martínez Navarrete 1990). Sobre el Cerro de los Santos y sus materiales escultóricos se han elaborado multitud de trabajos desde distintas perspectivas (Fernández de Avilés 1943; Ruano 1988; Ruiz Bremón 1989; Noguera 1998; Sánchez Gómez 2002; Izquierdo 2011; Chapa 2017; Chapa y González Alcalde 2013; Sanz Gamo *et alii* 2019; entre otros), algunos de ellos en forma de tesis doctoral (Ruiz Bremón 1985; García Cardiel 2015; Millán 2016; Castillo 2020). Asimismo, el monumento y la necrópolis de Pozo Moro (Pozo Cañada) también ha sido objeto de una amplia literatura científica (Alcalá-Zamora 2002; 2004; López Pardo 2006; García Cardiel 2009; 2012; Prieto Vilas 2016; por citar una

muestra de ellos), erigiéndose como otro importante hito historiográfico de la arqueología albaceteña.

Por otro lado, se han desarrollado campañas sistemáticas de excavación en Libisosa (Lezuza), donde se han documentado fases de ocupación de época ibérica presentadas en distintas publicaciones (Uroz Sáez *et alii* 2007; Uroz Sáez 2012a; Uroz Rodríguez 2022), y en el Tolmo de Minateda (Hellín), que constituye uno de los cinco parques arqueológicos de la Comunidad de Castilla-La Mancha y el único de la provincia de Albacete. El Tolmo de Minateda cuenta también con una amplia diacronía en sus fases de ocupación, la cual se inicia en la Edad del Bronce y presenta una secuencia del Bronce Final, época ibérica, romana y medieval (Abad *et alii* 2004; 2011; entre otras publicaciones), aunque sus investigadores se han centrado especialmente en las fases visigoda e islámica. Conviene mencionar el asentamiento de Los Almadenes (Hellín), donde recientemente se han reanudado las excavaciones arqueológicas (López Precioso y Sala 1999; Sala y López Precioso 2000; Cañavate *et alii* 2016; 2017; Sala *et alii* 2020), así como Las Peñas de San Pedro (Lorrio *et alii* 2014; Castillo 2016; Soria y González Ballesteros 2021).

Asimismo, se han publicado estudios sobre diversos yacimientos iberos y sus materiales como la revisión sobre la necrópolis del Llano de la Consolación en Montealegre del Castillo (Valenciano 2000), el estudio monográfico de El Castellón de Albatana (López Precioso 1993; Soria 1997), el análisis del poblamiento en el área central de la Manchuela (Soria *et alii* 2016) y en el campo de Hellín (López Precioso *et alii* 1992), los estudios del Castellar de Meca (Broncano 1986; 1997; Lorrio y Simón 2016), de las necrópolis de Pozo de la Nieve (López Precioso 1995) y de Bancal del Estanco Viejo (López Precioso 1988-1989), los trabajos en el poblado de la Quéjola (Blánquez 1993; Blánquez y Olmos 1993) y en el asentamiento de El Salobralajo en Higuera (López Jiménez *et alii* 2016), por citar algunas de las investigaciones.

Por último, también encontramos una serie de trabajos que abordan distintas temáticas de la arqueología ibérica en la provincia, como la publicación de Juan Blánquez (1990c) titulada *La formación del mundo*

ibérico en el sureste de la meseta (estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete), y el libro de Rubí Sanz Gamo (1997) con el nombre *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*. Un trabajo significativo para el estudio de época ibérica en las áreas de montaña es la publicación de Juan Francisco Jordán Montes, José Miguel García Cano y Virginia Pague del Pozo (2006) titulado *Desde Heliké hasta Ilunum: el poblamiento ibérico en Elche de la Sierra (Albacete)*, la tesis doctoral de Lucía Soria Combadiere (2000) que analiza algunos de los asentamientos emplazados en la zona de sierra al sur de la provincia de Albacete y el reciente trabajo publicado por Arturo García López y Jesús Moratalla Jávega (2021) sobre el poblamiento de época ibérica en la cuenca del río Mundo.

En definitiva, sería posible afirmar que la arqueología ibérica del territorio albacetense se ha desarrollado, en general, en las llanuras centrales y las áreas del norte y del este de la provincia, con la excepción de los trabajos comentados en el párrafo anterior. Las áreas de sierra han quedado relegadas a un segundo plano, quizás por dos cuestiones fundamentales: por un lado, la existencia de grandes *oppida* y otros sitios arqueológicos con una materialidad excepcional como el Cerro de los Santos o Pozo Moro ha favorecido el desarrollo de una actividad científica en estos enclaves; y por otro lado, la sierra ha sido considerada de forma tradicional como un espacio vano y estéril en cuanto a la potencialidad de su ocupación y del desarrollo de estrategias económicas y sociales en la antigüedad. Tal vez, la combinación de estos factores, entre otros, ha llevado a desarrollar las actuaciones arqueológicas en otros lugares de los que pudiera obtenerse *a priori* un mayor interés científico.

3.2. Contextualizando los eventos: el Museo de Albacete y su relación con el Taibilla

La consideración del clima institucional y del desarrollo de la historia de la investigación es siempre relevante en el estudio de toda investigación científica. En este caso, es especialmente significativa por la escasez de trabajos desarrollados en la cuenca del Taibilla hasta el inicio de la línea de investigación liderada por Susana

González Reyero en el Alto Segura en 2009. Hasta entonces, el foco de atención había primado sobre el único gran asentamiento reconocible en este territorio: El Macalón. Es en este enclave donde se han llevado a cabo trabajos de excavación efectuados por distintos equipos y en distintos momentos de nuestra historia reciente, los cuales presentan una serie de dificultades en la recopilación, conservación y publicación de los datos y sus materiales, como se expone en el siguiente epígrafe.

La historia de la arqueología en el Taibilla coincide, como es habitual, con el desarrollo de la protección y valorización del patrimonio arqueológico. Con la intención de presentar de forma resumida el panorama existente en la arqueología albaceteña de mediados del siglo xx, se recurrirá a la exposición de algunos datos procedentes del trabajo de tesis doctoral de Blanca Gamo Parras (2016), de gran interés para el enfoque de esta contextualización histórica. En el siglo xix ya se habían creado instituciones como los museos provinciales, las comisiones arqueológicas y algunas normativas que supondrían el inicio de la gestión y valorización patrimonial. No obstante, es a partir del siglo xx cuando se genera una nueva conciencia sobre el valor del patrimonio y su protección aplicada a todos los aspectos del pasado (Gamo 2016: 123). Será precisamente a mediados del siglo xx cuando empiece a desarrollarse un interés por el conocimiento y difusión de los yacimientos ibéricos en el Taibilla, como sucederá también con otros hitos arqueológicos como el conjunto de abrigos de arte rupestre de Nerpio, cuyo estudio se iniciará a partir del descubrimiento en 1954 del conjunto de pinturas de la Solana de las Covachas (Carreño Cuevas y Mateo Saura 2020).

Paralelamente a la puesta en valor patrimonial se habían consolidado algunas prácticas dañinas como las rebuscas y prospecciones ilegales que suponían un perjuicio para el propio patrimonio. En muchas ocasiones, los bienes patrimoniales terminaban en manos privadas, en otras instituciones fuera de la provincia, trasladándose a países extranjeros o incluso desapareciendo. Estas prácticas, desgraciadamente, siguen estando presentes en la actualidad, hecho al que remitiremos a lo largo del presente trabajo. No

obstante, su normalización fue paliándose con las leyes de patrimonio, primero la Ley de 7 de julio de 1911 y su Reglamento de 1912 y, posteriormente, la Ley de Patrimonio Artístico Nacional de 13 de mayo de 1933. Este marco legal, que a la vez se fundamenta en instituciones como la JAE (Junta para Ampliación de Estudios), el CEH (Centro de Estudios Históricos), la CIPP (Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas) o el SIP (Servicio de Investigación Prehistórica), respaldó el surgimiento de instituciones que fueron ganando peso con el transcurso de los años, como sería la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete que, aunque se crea en 1876, sus años de mayor actividad se concentran entre 1925 y 1944.

El Museo de Albacete fue inaugurado en 1927 gracias a la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete y, desde entonces, las actividades arqueológicas desarrolladas en la provincia fueron de la mano de esta institución. Tras la Guerra Civil, ya alejado de la Comisión Provincial, el Museo fue reinaugurado en 1943. En todo este tiempo, encontramos la figura fundamental del arqueólogo Joaquín Sánchez Jiménez, Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas en Albacete y director del Museo desde su creación hasta su fallecimiento en 1962. Desde los inicios, la preocupación de J. Sánchez Jiménez por nutrir al museo de piezas arqueológicas era constante, siendo un director muy activo en la búsqueda de nuevos sitios arqueológicos que documentar y excavar, a pesar de que realmente su puesto era funcionario de correos hasta su jubilación en 1961 (Gamo 2016). Por todo ello, J. Sánchez Jiménez puede ser considerado uno de los protagonistas de la arqueología del Taibilla como figura de protección y gestión patrimonial, aunque mantendrá un papel secundario en el avance de las investigaciones allí desarrolladas.

3.3. El desarrollo de la arqueología ibérica en el Taibilla

El asentamiento de El Macalón es, sin duda, el sitio arqueológico mejor conocido de la Protohistoria del Taibilla, pues durante mucho tiempo fue el único enclave donde se efectuaron excavaciones arqueológicas

(Cuadrado 1945a; 1947a; García Guinea 1959; 1960; García Guinea y San Miguel Ruiz 1964; Soria 2000: 377-390), hasta el inicio de la línea de investigación de Susana González Reyero en la cuenca alta del río Segura. Se trata de un enclave que es recurrentemente citado en la literatura científica, sobre todo desde que Martín Almagro Gorbea (1978) lo eligiese como ejemplo paradigmático para explicar la génesis de las sociedades ibéricas en la zona oriental de la Meseta sur de la península ibérica.

Emeterio Cuadrado Díaz fue quien dio a conocer este yacimiento entre la comunidad arqueológica, difundiendo su primera campaña en una comunicación presentada en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias de 1944 (1945b). Entre los años 1942 y 1946, E. Cuadrado realizó varias visitas a enclaves arqueológicos en la parte noroeste de la provincia de Murcia y zonas colindantes de Albacete, como Poyo del Centinela, Peña Jarota, los Castillicos de Vizcable, el Castillico de la Espinela y el Castillico (en el noroeste murciano, próximo a la frontera de Nerpio), entre otros (Cuadrado 1945a; 1947a). No obstante, centró sus esfuerzos en la excavación y recurrentes visitas a El Macalón.

Estos primeros trabajos en el yacimiento también fueron sus primeros pasos como arqueólogo, quien se encontraba destinado en Nerpio como ingeniero de las infraestructuras hidráulicas del río Taibilla. En su relato del descubrimiento, E. Cuadrado (1945a) narra cómo tras conocer algunas noticias referidas a la presencia de cerámica en una cueva situada en la ladera norte del cerro de El Macalón, se decide a visitarla. Allí mismo, se da cuenta de que los materiales que observa provienen de la cima del cerro al que seguidamente accede, descubriendo así el asentamiento de El Macalón.

Son tres las publicaciones de E. Cuadrado (1945a; 1945b; 1947a) que dan testimonio de los primeros trabajos y los materiales recuperados durante las campañas de 1944 y 1946. En este último año, también contó con la colaboración de J. Sánchez Jiménez, que vino motivada por las noticias del descubrimiento de dos esculturas ibéricas en las inmediaciones de El Macalón, territorio que dependía administrativamente del Museo de Albacete. Cuadrado había trasladado las esculturas

a Cartagena, su ciudad de residencia, en la que hoy todavía permanecen dos ejemplares. Ante esta situación, J. Sánchez Jiménez solicitó el regreso de las esculturas a la provincia de Albacete a través de Julio Martínez Santa-Olalla, Comisario General de Excavaciones. El mismo J. Martínez Santa-Olalla y Antonio Beltrán harán de intermediarios entre J. Sánchez Jiménez y E. Cuadrado (Gamo 2016). La disposición favorable de E. Cuadrado ante esta petición se concretó en una corta visita al asentamiento por parte de J. Sánchez Jiménez del 2 al 5 de agosto de 1946. E. Cuadrado dio por concluidos sus trabajos arqueológicos en el Taibilla tras esa misma campaña con la redacción de un breve capítulo como apéndice de los *Informes y Memorias de Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete de 1942 a 1946* de J. Sánchez Jiménez (1947), donde se relataban sus descubrimientos en El Macalón y en otros asentamientos albaceteños. No obstante, tan solo una de las primeras esculturas se trasladó al museo manchego, quedando el otro ejemplar y una nueva incorporación custodiados por el Museo de Cartagena todavía en la actualidad (Chapa *et alii* 2019). De todos los materiales recuperados durante estas intervenciones, únicamente los fragmentos escultóricos han sido depositados en instituciones públicas.

Una década después, en 1958, todavía siendo J. Sánchez Jiménez director del Museo de Albacete y delegado del Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas, Miguel Ángel García Guinea solicitó permiso a la Diputación Provincial de Albacete para realizar catas arqueológicas en El Macalón. J. Sánchez Jiménez se enteró de esta petición cuando la Diputación le solicitó un informe sobre la idoneidad de la intervención planteada por M. Á. García Guinea, para lo que demandaba tres requisitos: los materiales debían ingresar en el Museo de Albacete, debían entregarse restaurados en caso de que fuera necesario y se exigía el depósito de una memoria de la intervención. En 1962 M. Á. García Guinea volvió a trabajar en el mismo enclave ya que le fue concedido un segundo permiso de excavación, en esta ocasión tramitado desde el Ministerio de Educación Nacional (Gamo 2016).

De esta manera, y en palabras de Blanca Gamo (2016: 254), J. Sánchez Jiménez será «relegado a un

papel secundario» en los trabajos de El Macalón, siendo esta la única intervención arqueológica de toda la provincia de Albacete en la que no estaría directamente involucrado. En este contexto, M. Á. García Guinea realizó tres campañas arqueológicas entre 1958 y 1962, aunque con escaso apoyo por parte de J. Sánchez Jiménez. Cabe señalar, que ninguna de las condiciones fue cumplida, pues, aunque los materiales sí terminaron siendo ingresados en el Museo, esta gestión se realizó muchos años después y, además, sin la correspondiente memoria (Gamo 2016: 255).

Si revisamos las publicaciones de M. Á. García Guinea (1959; 1960; García Guinea y San Miguel Ruiz 1964) que hacen referencia a las campañas arqueológicas, podemos ver cómo las descripciones de las catas varían respecto de la primera publicación en *Archivo Español de Arqueología* al resto de ellas. En esta primera publicación (García Guinea 1959) se mencionan en total cinco intervenciones arqueológicas - C.1, C.2, C.3, C.K y una zanja que unía C.K con C.3 -, sin embargo, en las publicaciones siguientes se obviarán C.3 y la apertura de la zanja.

Estas intervenciones se realizan, según el primero de los artículos, en dos campañas: una realizada entre el 8 y el 17 de mayo de 1958 y una segunda campaña efectuada en septiembre de 1959, a la que seguirá la de 1962. Sin embargo, en su segunda publicación realiza una amplia descripción de los trabajos de los sondeos realizados solamente en 1958 (C.1, C.2 y C.K), obviando C.3 y la zanja. En el artículo de 1964 que redacta junto con J. A. San Miguel Ruiz hace lo propio con las nuevas intervenciones (ampliación de C.2, C.B y Cata de las Flechas). Además, desde la segunda de las publicaciones retira en la figura del croquis del asentamiento la ubicación de C.3 y la zanja. Esta *damnatio memoriae* a su propia campaña arqueológica de 1959 cobra sentido si releemos los datos anteriormente expuestos relativos a los permisos de excavación, pues solo obtuvo autorización en dos ocasiones, la correspondiente a la primera campaña en 1958 y a la última en 1962.

La primera de las excavaciones desarrolladas en el asentamiento que siguen una metodología moderna es la dirigida por J. Espadalé y M^a José Caja en 1986. Esta última campaña realizada en El Macalón consistió en

la excavación de dos catas nombradas como Sector 1 y Sector 2 y se desarrolló entre los meses de noviembre y diciembre de ese mismo año. Lucía Soria en su tesis doctoral incluyó la documentación inédita de campo (planimetrías, dibujos de perfiles estratigráficos y fichas de estratos); por lo que en este trabajo se aludirá a los datos publicados por L. Soria (2000) relativos a la campaña de 1986. El registro material procedente de estas intervenciones se encuentra depositado en el Museo de Albacete y ha sido estudiado de forma pormenorizada por Iván López Salinas en su tesina de Máster (López Salinas 2014; 2015).

Recapitulando, respecto a la accesibilidad al registro material, hoy en día tan solo es posible conocer los hallazgos de las intervenciones de E. Cuadrado a partir de sus publicaciones, debido a que únicamente se conoce la ubicación de las piezas escultóricas custodiadas por los museos arqueológicos de Albacete y Cartagena. Tampoco contamos con documentación primaria sobre el registro, pues no se han conservado las memorias de excavación o, al menos, no tenemos constancia de ellas. Los materiales arqueológicos procedentes de las campañas de M. Á. García Guinea y los recuperados en la campaña de J. Espadalé y M^a J. Caja sí se encuentran depositados en el Museo de Albacete. Aunque no conservan una memoria asociada, sí existe documentación relativa al inventario, a las unidades estratigráficas de los cortes y a las planimetrías.

En épocas más recientes, contamos con los trabajos de L. Soria, algunos de ellos específicos sobre El Macalón y otros sobre el estudio del poblamiento o de materiales del territorio albacetense (Soria 1999; 2000; 2002; Mata y Soria 1997) que, junto con las Cartas Arqueológicas, suponen un punto de partida fundamental para el conocimiento de las comunidades ibéricas del Taibilla. También otros autores, aunque no se han dedicado de forma específica al territorio que nos ocupa, sí que han integrado este territorio dentro de sus obras como Rubí Sanz (1997) en su investigación sobre los procesos de romanización en la provincia de Albacete o Juan Manuel Abascal (1990) en su estudio de epigrafía romana. En estas obras, se incluyen algunos asentamientos del Taibilla como Varica Virtudes, Peña Jarota, Morra de los Castillejos, Poyo del Centinela y

las necrópolis romanas de Vizcable y Pedro Andrés, entre otros.

Por lo que respecta a las Cartas Arqueológicas, estas son el resultado de un encargo realizado por la entidad privada sin ánimo de lucro Grupo de Acción Local Sierra del Segura a la consultora Arquealia (Trabajos de Patrimonio Cultural, S.L.) en los términos municipales de Nerpio, Yeste y Letur, bajo la autorización de la Dirección General de Patrimonio y Museos de la Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha. Estas tienen como objetivo el conocimiento sobre los restos muebles e inmuebles de carácter histórico y geológico que existen en estos términos municipales para su conservación y mantenimiento. En ellas se presenta un listado de los sitios arqueológicos y geológicos a modo de inventario, aglutinando los datos historiográficos previamente conocidos y la información obtenida en los trabajos de prospección realizados por los autores de las Cartas. Además, también incluyen un breve relato histórico elaborado a partir de esta misma información. Las Cartas Arqueológicas constituyen una base fundamental en el planteamiento de este trabajo de investigación, así como los materiales depositados en el Museo de Albacete procedentes de estos trabajos, cuyo estudio también se incluye en el presente estudio. No obstante, el carácter administrativo de las Cartas limita la potencialidad de análisis de los datos, que además en muchas ocasiones se exponen mediante generalidades y sin aportar detalles relevantes para una buena caracterización de los sitios. Por ello, en este proyecto las Cartas Arqueológicas se han empleado como referencia y se ha revisado la información *in situ* y en el Museo, a partir del estudio de los materiales arqueológicos depositados procedentes de las actuaciones de las Cartas, incorporando una información mucho más detallada bajo un enfoque científico centrado en la investigación arqueológica.

Por otro lado, tenemos constancia de algunos materiales localizados en distintos paraderos a los antes expuestos y cuya procedencia se vincula a El Macalón. Por un lado, los capítulos firmados por Bernal Pascual, Gallego Gallardo y Llinares Beneyto (1984a; 1984b) son una evidencia de la existencia de materiales procedentes de El Macalón en manos privadas. Estas

autoras realizan un estudio sobre instrumentos de trabajo ibéricos y pesas de telar correspondientes a una colección particular de Totana (Murcia), sin ofrecer más datos sobre el propietario. Por otro lado, en la colección numismática permanente del Museo de Prehistoria de Valencia aparece expuesto un trihemíobolo asociado a El Macalón. La moneda fue donada por Juan Botía Puerta en 2007, aunque en su ficha de ingreso se menciona diciembre de 1990 como momento del hallazgo. J. Botía Puerta afirma que el descubrimiento se produjo cuando se estaban realizando trabajos agrícolas en la zona. En la descripción de la ficha la moneda se asocia a un espacio indeterminado del sureste del cerro de El Macalón y en un contexto de huesos carbonizados, cenizas y tierra negruzca. Su cronología es compatible con el momento de uso de la necrópolis y hábitat de El Macalón, aunque la velada descripción y la falta de datos sobre el contexto de su hallazgo nos lleva a extremar la prudencia sobre la veracidad de su procedencia.

Sin ninguna duda, lo que sí se puede afirmar y denunciar es el constante expolio al que ha estado sometido el sitio de El Macalón, pues además de los datos expuestos, algunos vecinos y vecinas de Nerpio han dado testimonio oral de haber presenciado rebuscas en el cerro de El Macalón y otros yacimientos. Las prácticas fraudulentas son una constante en asentamientos como Morra de los Castillejos y su necrópolis, donde son claramente visibles los hoyos de expolio con materiales asociados, creando una suerte de terreras de objetos desechados por los expoliadores. El expolio, unido a la fuerte erosión de este territorio y al abandono agrario del suelo, es un factor muy nocivo para la conservación de los contextos arqueológicos.

Como contrapartida, la línea de investigación dirigida desde el Instituto de Historia del CSIC por Susana González Reyero viene desarrollando múltiples trabajos de distinta naturaleza en el territorio del Alto Segura. Desde 2009 este equipo ha estado trabajando en el estudio del poblamiento y la estructura social de las comunidades que habitaron el Alto Segura durante la Edad del Hierro. La investigación ha sido abordada desde distintas escalas y resoluciones, desde el análisis de muestras arqueológicas obtenidas en cortes

estratigráficos y el propio contexto arqueológico de las excavaciones hasta la escala más amplia del paisaje mediante la fotointerpretación de los vuelos antiguos, la prospección geofísica o la prospección pedestre (González Reyero 2021b; 2022a; González Reyero *et alii* 2015a; 2016a; 2019b; 2021; Gener *et alii* 2016; Fort *et alii* 2019; Chapa *et alii* 2019; Alba 2022).

En definitiva, la última década de investigación desarrollada en el territorio de montaña del Alto Segura se ha visto impulsada por un enfoque mucho más integrador de los espacios arqueológicos que lo configuran. Ya no se trata de una investigación protagonizada por los grandes hitos arqueológicos, sino que el foco se ha ampliado hacia el estudio de las estructuras sociales, el poblamiento, las formas de explotación del territorio y la configuración del paisaje simbólico en su diacronía. Es en este contexto donde se enmarca el presente trabajo de investigación.

4. UNA HISTORIA DESIGUAL: EL MACALÓN COMO PARADIGMA ARQUEOLÓGICO DEL TAIBILLA

Tal y como hemos visto en el capítulo anterior, el asentamiento de El Macalón es el único enclave del territorio que cuenta con contextos de excavación antiguos, siendo el sitio arqueológico que mayor atención ha recibido por parte de la comunidad científica. Por eso mismo, sería posible afirmar que el registro conocido para los sitios arqueológicos de la cuenca del Taibilla es muy desigual, siendo El Macalón sobre el que más información de partida tenemos. Por ello, con el fin de mantener una exposición clara y sintética de los datos a lo largo de este trabajo en este capítulo se aborda de manera bibliográfica los trabajos realizados desde los años 40 del pasado siglo xx en este gran asentamiento, con el objetivo de ofrecer un marco referencial de su vida arqueológica.

4.1. Los sondeos arqueológicos

4.1.1. Primeras campañas (1943-1946): Emeterio

Cuadrado y Joaquín Sánchez Jiménez

Los primeros trabajos arqueológicos efectuados en El Macalón fueron realizados por E. Cuadrado en el verano

de 1943, quien describe la excavación de una cata en la que se documentó una habitación (Cuadrado 1945b). E. Cuadrado indica no haber realizado «excavaciones a fondo» durante esa campaña, por lo que es posible interpretar que en la excavación no se llegó hasta la roca natural del cerro, sino que tan solo se documentó la fase final asociada a esta estancia. Tampoco aporta muchos detalles sobre la ubicación de esta primera excavación, pues solo menciona que se realiza en «la parte Norte del poblado» (Cuadrado 1945b: 554).

Sobre los materiales arqueológicos, en la publicación hay un listado detallado de los distintos elementos que fueron recogidos durante la campaña (Cuadrado 1945b: 555-562), pero no especifica si todos ellos fueron hallados durante la excavación o si proceden del registro superficial. Ahora bien, sí que describe aquellos materiales que fueron documentados directamente sobre el suelo de barro de la habitación. Estos serían: varias pesas de telar, varios tipos de fusayolas, un puente de fíbula de tipo romboidal, varias chapas de cobre con perforaciones y una vasija de forma globular fragmentada. Por otro lado, menciona que estos objetos se encontraban junto a «un montón de cenizas», lo que podría ser interpretado como un hogar.

Años más tarde, el comisario provincial J. Sánchez Jiménez realiza una visita a El Macalón, donde lleva a cabo «algunas exploraciones» en la «acrópolis de dicho cerro» (Sánchez Jiménez 1947: 122). Estos trabajos son relatados por E. Cuadrado en el apéndice de esta misma obra, donde menciona que en la excavación de las «catas realizadas por el Sr. Sánchez Jiménez pudo comprobarse la existencia de dos estratos superpuestos: argárico el inferior e ibérico el superior» (Cuadrado 1947a: 124).

A partir de esta información es difícil conocer la ubicación de estos primeros trabajos arqueológicos en la superficie de El Macalón (Fig. 6). Sin embargo, es importante recordar el emplazamiento del primer sondeo en la zona norte del yacimiento, puesto que, como veremos, todos los demás sondeos arqueológicos fueron realizados en la mitad sur del asentamiento.

4.1.2. La dirección de M. Á. García Guinea (1958-1962)

Durante los años que duró la investigación de M. Á. García Guinea en El Macalón se realizaron varios

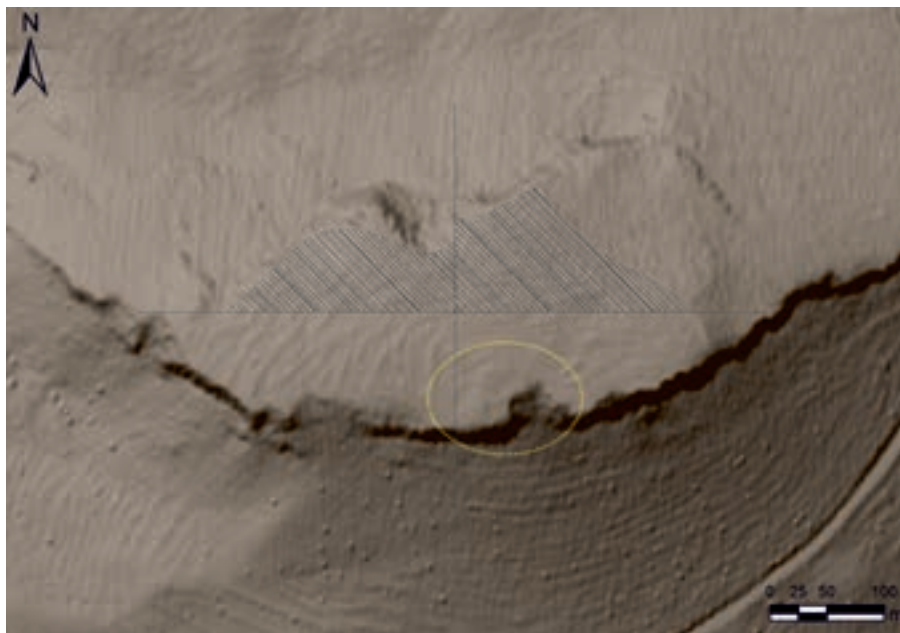


Figura 6. Croquis de las zonas del cerro en las que potencialmente se realizaron sondeos arqueológicos durante las campañas dirigidas por Emeterio Cuadrado y por Joaquín Sánchez Jiménez. El área rayada correspondería *grosso modo* a la mitad norte del cerro, donde se encontraría en un punto indeterminado la cata de 1943. El círculo amarillo señala la «acrópolis» según las palabras de Sánchez Jiménez, es decir, la zona más elevada del cerro donde se realizarían las catas de 1946 (elaboración propia).

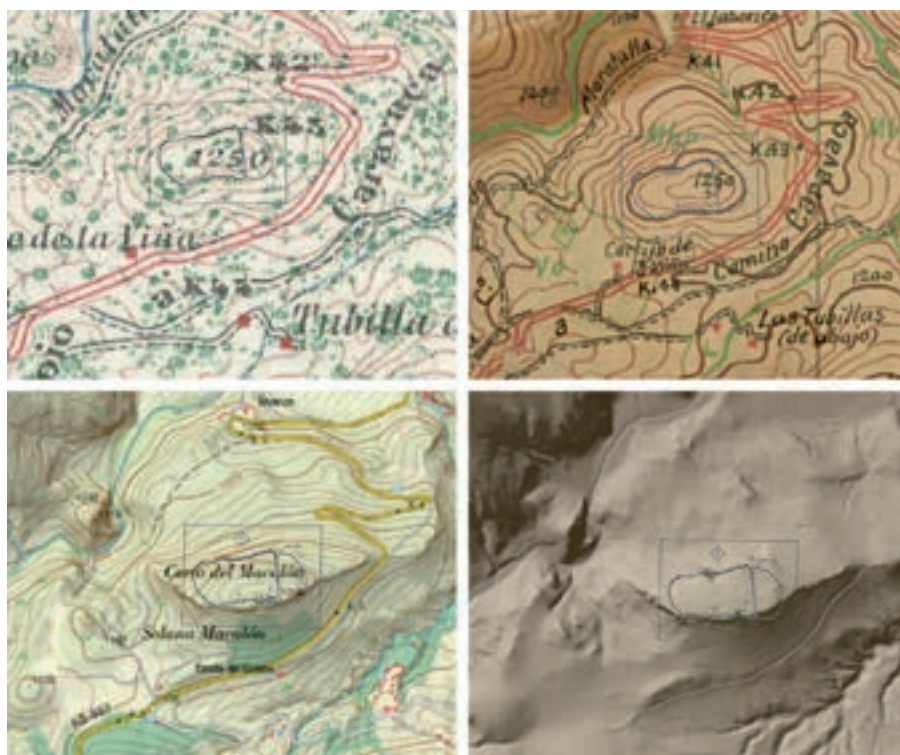


Figura 7. Composición creada a partir de la superposición de uno de los croquis de García Guinea sobre distintas imágenes de la cartografía antigua (en la parte superior) y actual (en la parte inferior), así como sobre el modelo digital del terreno elaborado a partir del MDT02 del CNIG (elaboración propia).

sondeos arqueológicos distribuidos por la superficie del cerro cuyos resultados fueron publicados en distintos trabajos (García Guinea 1958; 1959; 1967; García Guinea y San Miguel 1964). En capítulos anteriores

se ha hecho referencia a las dificultades que plantea la lectura de la información publicada, puesto que hay algunas incongruencias entre la primera de las publicaciones y las siguientes. Aun así, estos trabajos

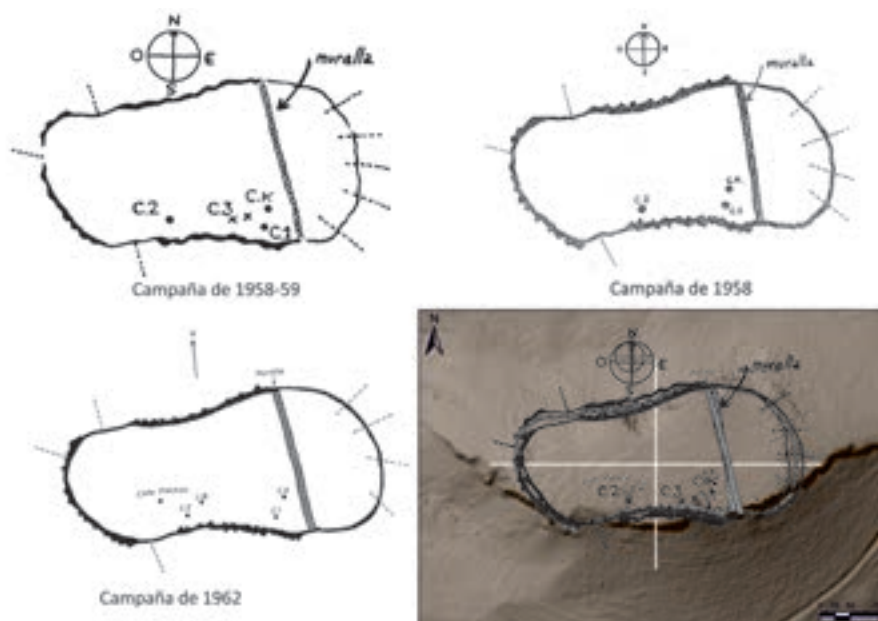


Figura 8. Montaje de los croquis de El Macalón donde se señalan las catas arqueológicas desarrolladas entre 1958 y 1962 (a partir de García Guinea 1959, 1960; García Guinea y San Miguel 1964) y superposición de todos ellos en el modelo digital del terreno de El Macalón. Las líneas blancas indican una división de la superficie en cuartos para poder definir mejor las distintas áreas de la cima (elaboración propia).

ofrecen una riqueza sustancial respecto a las campañas de los años 40, puesto que se aplica una metodología basada en la descripción de niveles de excavación, lo que supone un avance para el conocimiento de la estratigrafía de El Macalón.

Asimismo, en los artículos se publica un croquis de la superficie del cerro con la ubicación de las distintas catas. A partir de esta información espacial de los trabajos arqueológicos es posible realizar una estimación de su localización, al menos para algunas de ellas. La forma arriñonada del cerro que dibuja M. Á. García Guinea en el croquis, y que repetirá en todas las publicaciones, dista mucho de la imagen actual que tenemos de El Macalón. Hoy en día, gracias a documentos como los modelos digitales del terreno de gran resolución, entre otros, es posible generar representaciones del relieve que ofrecen una imagen mucho más fidedigna del cerro.

Muy probablemente, M. Á. García Guinea utilizó la cartografía de la época para aproximarse al estudio de El Macalón y su territorio. De hecho, si observamos la figura 7, vemos cómo la forma que este investigador da a El Macalón se ajusta bastante bien a las curvas de nivel de la Primera Edición del mapa MTN50 de 1935 (Fig. 7: arriba a la izquierda). A partir de la traslación

de algunos de los elementos dibujados en este croquis a los mapas actuales es posible reconocer de forma aproximada la distribución de los sondeos. Todos ellos se localizarían en la mitad sur de la cima de El Macalón, delimitados al este por la muralla y al oeste por la entrada sur del asentamiento, ya identificada por M. Á. García Guinea (1960) y definida en sus croquis (Fig. 8).

Durante estas campañas se excavaron un total de siete sondeos, aunque estos se han expuesto de forma desigual en las publicaciones. A continuación, realizaremos una breve revisión de la información obtenida en cada uno de ellos.

Cata 1 (C.1)

Este sondeo fue realizado en la primera campaña de excavación en 1958. El sondeo se realizó a pocos metros de C.K o *Habitación de las cerámicas*, junto a un muro que afloraba en la superficie y que tenía 3,50 m de largo.

Esta cata presenta una estratigrafía poco clara, puesto que tan solo se ha documentado una estructura y no se han localizado niveles de uso asociados. En este sondeo es posible destacar dos aspectos fundamentales: por un lado, la secuencia de niveles de incendio desde la fase más reciente hasta la más antigua y, por otro

NIVEL	DESCRIPCIÓN	INTERPRETACIÓN	FASE
I	Nivel vegetal. Se documentan algunas cerámicas.	Nivel superficial	II
II	Nivel que se inicia con una capa ligera de ceniza. Se documenta abundante cerámica de tonos negruzcos que parece estar quemada y menos cantidad de producciones a torno.	Nivel de destrucción-derrumbe y sedimentación. Nivel de uso	
III	Nivel de tierra con abundante ceniza. La cerámica es principalmente a mano y de tonos oscuros.	Relleno o nivelación	I
IV	Nivel muy saturado de ceniza. Hay una gran abundancia de cerámica negra a mano, pero también sigue apareciendo cerámica a torno.	—	
R	Roca natural.	Roca natural	

Tabla 6. Tabla de los niveles documentados en C.1. de El Macalón durante la campaña de 1958 (elaboración propia).

NIVEL	DESCRIPCIÓN	INTERPRETACIÓN	FASE
I	Capa de 9 cm con presencia de pocas cerámicas.	Nivel superficial	—
II	Nivel con tan sólo doce fragmentos cerámicos poco característicos.		
III	Nivel con fragmentos cerámicos a torno y a mano.	Nivel de destrucción-derrumbe y sedimentación	II
IV	Similar al nivel III, con fragmentos de ánfora.		
V	Materiales cerámicos similares a los anteriores. Se documenta cerámica espatulada gris clara y alguna negruzca. Este nivel se asocia al Muro I.	Nivel de destrucción-derrumbe y sedimentación. Nivel de uso	I
VI	Nivel de tierra con presencia de cenizas (nivel de incendio) con abundante cerámica (vasijas grandes y finas a torno y vasijas a mano de diversos grosores). Se localizó un conjunto de pesas de telar junto a una nueva estructura (Muro II).	Nivel de uso	
VII	En la parte superior vuelve a documentarse un nivel de incendio. Existe abundante cerámica de diversos tipos (vasijas pintadas y sin pintar y cerámica variada a mano).	Relleno o nivelación	
VIII	Estrato que presenta una gran capa de ceniza en la mitad del nivel (fuerte incendio). Cerámica abundante con gran presencia de ánforas.	—	—
IX	Es muy similar a la capa VIII. Los materiales son similares. Se documentan algunos fragmentos de cerámica de barniz rojo.	—	—

Tabla 7. Tabla de los niveles documentados en C.2. de El Macalón durante la campaña de 1962 (elaboración propia).

lado, la presencia de cerámica a torno ibérica en todos los niveles, aunque en menor medida en los inferiores.

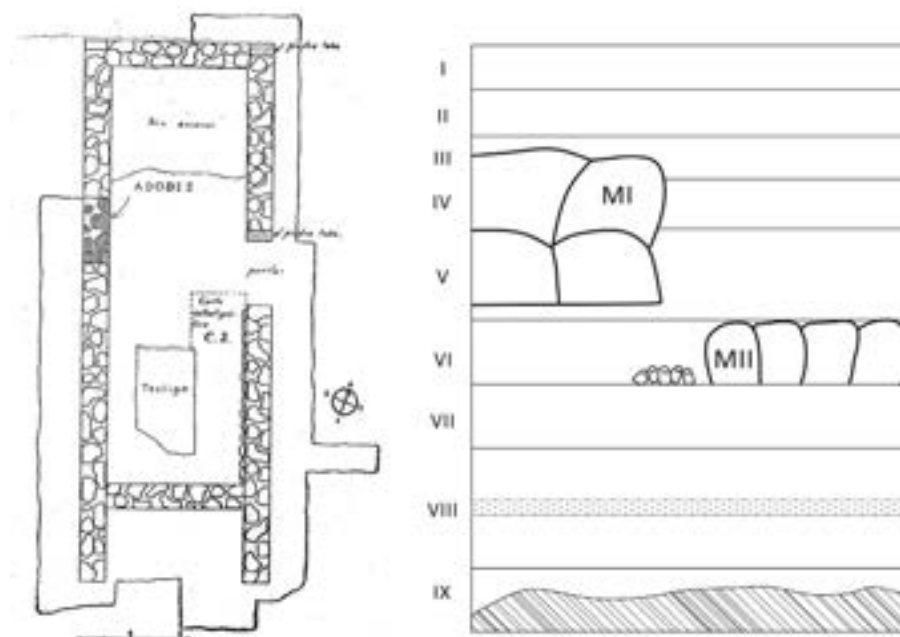
Cata 2 (C.2)

Esta segunda cata fue excavada en dos campañas arqueológicas: 1958 y 1962. En la segunda de ellas se

realizó una ampliación y revisión de su estratigrafía, por lo que expondremos aquí los últimos resultados de estas actuaciones (García Guinea y San Miguel 1964).

En la ampliación del sector a de C.2 durante la campaña de 1962 se documentaron una serie de estructuras (Fig. 9: MII) que permiten reconocer dos fases

Figura 9. Montaje a partir de la planta de C.2 de M. Á. García Guinea de 1958 (García Guinea 1959) y estratigrafía a partir del croquis de la ampliación de C.2 (García Guinea y San Miguel 1964) (elaboración propia).



estructurales en este sondeo, de manera que la planta dibujada en la campaña de 1958 corresponde a una segunda fase. La primera fase mantendría una planta similar pero ligeramente más pequeña. Asociada a esta primera fase estructural se localizaron un conjunto de pesas de telar de tipologías diversas.

Las capas VII, VIII y IX muestran una secuencia de varios niveles de incendio mezclados con grandes paquetes cerámicos. Por lo tanto, sería posible considerar la existencia de niveles de ocupación anteriores asociados a estos materiales cuyas estructuras no se conservan.

Cata 3 (C.3)

La Cata 3 fue excavada durante la campaña de 1959. M. Á. García Guinea menciona una abundante riqueza de tinajas entre su registro material, de similares características a las halladas en los cimientos de C.2 (Nivel II de la estratigrafía de 1958). Además, junto a las cerámicas se documentaron cuatro puntas de flechas de doble filo y arpón lateral categorizadas como tipo 11a de Ramón (1983) o Ferrer (1996), también denominadas de tipo Macalón. Y, además, «una varilla de hueso, plana, con decoración de aspas y tres

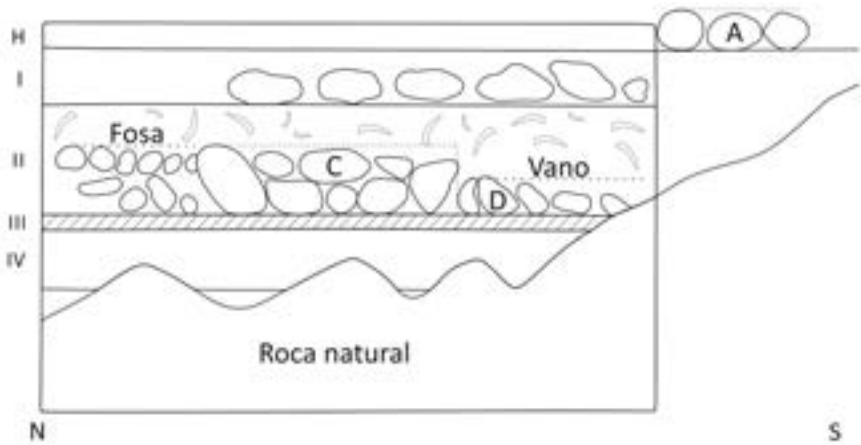
líneas horizontales alternativamente, incisas» (García Guinea 1959: 137).

Cata K (C.K) o Habitación de las Cerámicas

Esta cata se denomina así en honor al doctor Pedro Krapovickas que dirigió los trabajos de excavación de este sondeo en la campaña de 1958. La excavación se realizó a pocos metros de la muralla, en el área interior de dos estructuras en ángulo (muros A y B) que eran visibles en superficie y que parecían delimitar una estancia. Debido a la escasa profundidad de los niveles documentados se optó por ampliar la excavación hacia el norte donde se localizó la conocida como *habitación de las cerámicas*.

La estratigrafía documentada en esta *habitación de las cerámicas* permite valorar la existencia de dos fases en este espacio. En primer lugar, aquella vinculada a las estructuras visibles en superficie, a partir de las cuales se decide hacer el sondeo arqueológico (muro A y B), donde se documenta el estrato superficial y el nivel I. En la excavación al norte del muro A se documenta en cotas inferiores otra estructura (muro C) y un vano asociado a esta que se localizan sobre un pavimento documentado en el Nivel III. Según el testimonio

Figura 10. Niveles de la *Habitación de las Cerámicas* o C. K. a partir del dibujo de García Guinea (1960: 722, Fig. 4).



NIVEL	DESCRIPCIÓN	INTERPRETACIÓN	FASE
H	Humus (10 cm). Se documentan tanto cerámicas toscas como a torno.	Nivel superficial	II
I	Nivel formado por piedras y adobe muy destruido. Se documenta el cerramiento de una fosa.	Derrumbe del muro A	
II	Nivel de color marrón oscuro y rojizo. Formado por una enorme cantidad de fragmentos cerámicos. Se documentan varias vasijas in situ sobre el pavimento. Este estrato cubría parcialmente los restos de otra estructura (muro C) perpendicular al muro A. También se ha documentado una puerta.	Nivel de destrucción-derrumbe y sedimentación	
III	Nivel plano y horizontal formado por una capa de tierra de 4 cm de espesor de color marrón y endurecida. Se documentó un hogar sobre el nivel III.	Pavimento	
IV	Nivel de marrón claro de entre 10 y 20 cm de espesor. Se hallaron algunas cerámicas toscas y una fusayola.	Relleno o nivelación	I
R	Roca natural.	Roca natural	

Tabla 8. Tabla de los niveles documentados en C.K. de El Macalón durante la campaña de 1985 (elaboración propia).

de M. Á. García Guinea, estas estructuras parecen delimitar una estancia que denomina *habitación de las cerámicas* debido a la gran cantidad de materiales cerámicos documentados. Estos niveles formarían parte del contexto material de una fase de ocupación.

Por otro lado, el nivel IV parece constituir un preparado o relleno de nivelación, donde no se han localizado estructuras. El registro material de esta capa es muy diferente del descrito en los niveles superiores, siendo en su mayor parte fragmentos cerámicos elaborados a mano de estilo tosco, con presencia de

algunos fragmentos de cerámica rojiza a torno y algunas producciones espatuladas. Por ello, sería posible considerar que los materiales localizados en este contexto podrían pertenecer a una fase distinta del hábitat de este asentamiento.

Cata entre C.3 y C.K

En 1959 se llevó a cabo la excavación de una zanja entre C.3 y C.K. En la publicación se menciona que los resultados fueron complejos y diversos, probablemente debido a que no se excavó un único contexto

Nivel	DESCRIPCIÓN	INTERPRETACIÓN	FASE
I	Humus (18 cm).	Nivel superficial	II
II	Nivel de 30 cm donde se documentan las estructuras. Aparecen abundantes cerámicas a torno, muchas con decoración pintada bandas y de círculos, y también cerámica bruñida de color negro.	Nivel de uso / Colmatación	
III	Nivel de 60 cm con abundante ceniza sobre la que se asientan los muros del nivel II. Abundante cerámica hecha a mano y bruñida. No aparecen cerámicas a mano ni a torno.	Nivel de destrucción-derrumbe y sedimentación	I

Tabla 9. Tabla de los niveles documentados en la C.B. de El Macalón durante la campaña de 1962 (elaboración propia).

habitacional sino varios espacios sin identificar donde se halló abundante cerámica «negruzca, quemada, tosca, gruesa, con gran cantidad de impurezas, hecha a mano, con formas generalmente esféricas o vasos de paredes rectas con asas perforadas o simples apéndices de sujeción» (García Guinea 1959: 137). Por lo tanto, la cronología de este sondeo correspondería con la ocupación más antigua del asentamiento.

Cata B (C.B)

Este sondeo se localiza también en las proximidades de C.2, a unos 19 m, donde se documentaron varias estructuras con una estratigrafía sencilla de tan solo tres niveles.

La cata C.B es, junto con la Cata de las Flechas, de los pocos sondeos donde no se documentan cerámicas a torno en sus niveles inferiores. De hecho, según los autores (García Guinea y San Miguel 1964: 35) el nivel III de C.B sería equivalente a los últimos estratos de la Cata de las Flechas. De nuevo, es posible documentar dos grandes fases a partir de la descripción de los materiales documentados en los niveles de estos sondeos, un nivel de uso y otro de destrucción y sedimentación.

Cata de las Flechas

Emplazada a unos 25 m al noroeste de C.2, su estratigrafía está formada por un único nivel de 65 cm de grosor, con abundante ceniza y una gran cantidad de fragmentos cerámicos a mano, toscos y mal cocidos. Las puntas de flecha que dan nombre a esta cata se localizaron a unos 13 cm de profundidad, en las primeras capas del nivel. También se han documentado

dos fusayolas bicónicas y una plaquita de hueso «con grabado inciso de rectángulos con aspas, separados por tres líneas paralelas, tipo de simple decoración, que aparece, por ejemplo, en el mango de un punzón de hueso en el poblado ibérico de El Puig» (García Guinea y San Miguel 1964: 33).

Los datos recopilados a partir de las publicaciones de M. Á. García Guinea (1959; 1960; 1967) y M. Á. García Guinea y J. A. San Miguel (1964) son suficientes para obtener algunas ideas generales sobre los contextos arqueológicos de este gran asentamiento. No obstante, habría que considerar de forma cautelosa algunas de las informaciones publicadas, sobre todo aquellas que hacen referencia a la campaña de 1959. Si recordamos las catas excavadas durante este año fueron la C.3 y la zanja entre esta y la C.K. Entre los materiales recuperados en C.3 se detallan cuatro puntas de flecha de doble filo y arpón lateral y una varilla de hueso «plana, con decoración de aspas y tres líneas horizontales alternativamente, incisas» (García Guinea 1959: 137), cuya descripción sería igualmente apta para la plaquita de hueso que aparece en la figura 22 de la publicación de García Guinea y San Miguel de 1964, que describen como plaquita de hueso «con grabado inciso de rectángulos con aspas, separados por tres líneas paralelas» (1964: 33) (Fig. 12). Además, es llamativo que en este texto hacen alusión a un paralelismo de la decoración de esta plaquita de la Cata de las Flechas con el mango de un punzón de hueso de El Puig y, sin embargo, no vuelven a mencionar la decoración de la varilla plana de C.3 (1964:33).

Figura 11. Montaje de los croquis de C.B y Cata de las Flechas a partir de la publicación de García Guinea y San Miguel (1964).

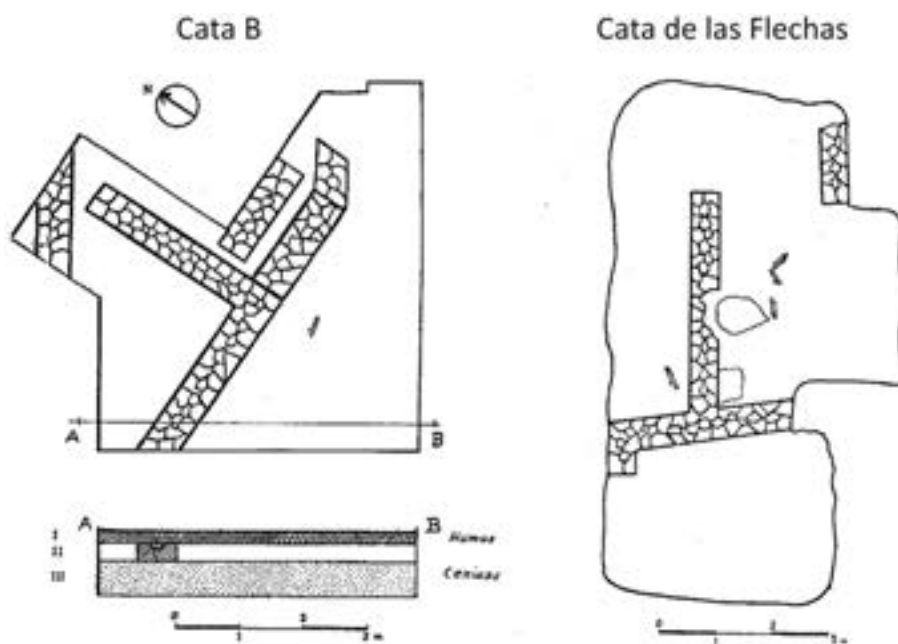
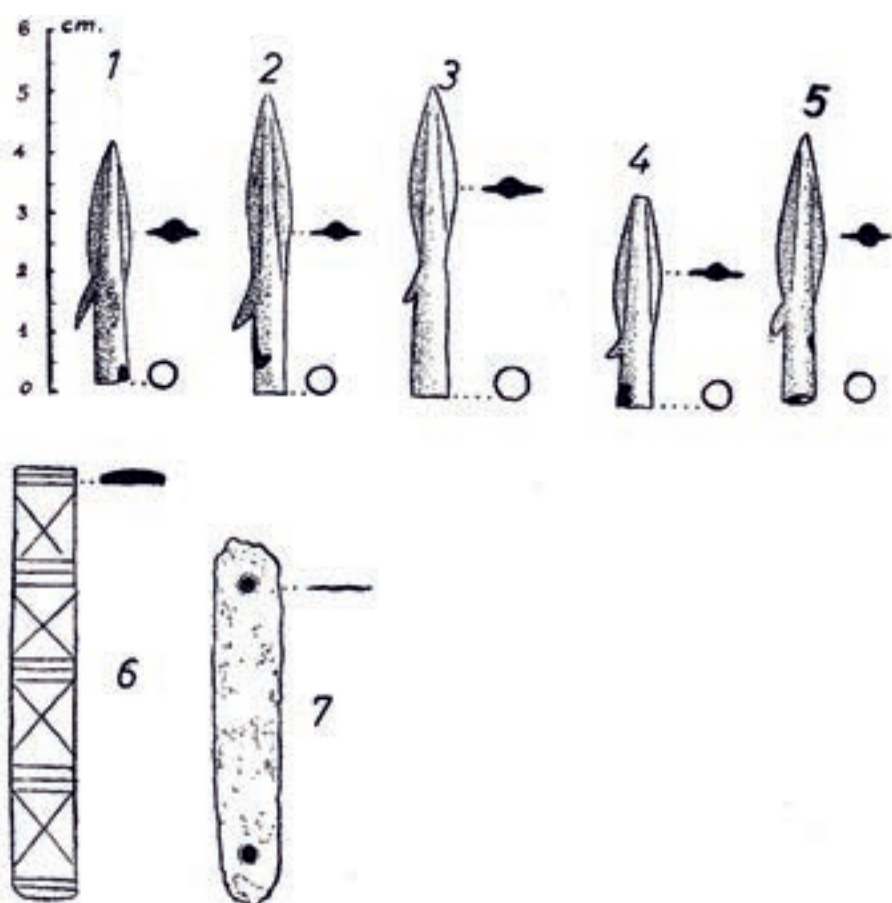


Figura 12. Números 1, 2, 3 y 4: Puntas de flecha encontradas en el lugar señalado en el croquis de la Cata de las Flechas. La número 5 fue encontrada en el Cata B. de la campaña de 1962. Números 6 y 7: plaquita de hueso y objeto metálico aparecidos en la Cata de las Flechas (García Guinea y San Miguel 1964: 28, Fig. 22).



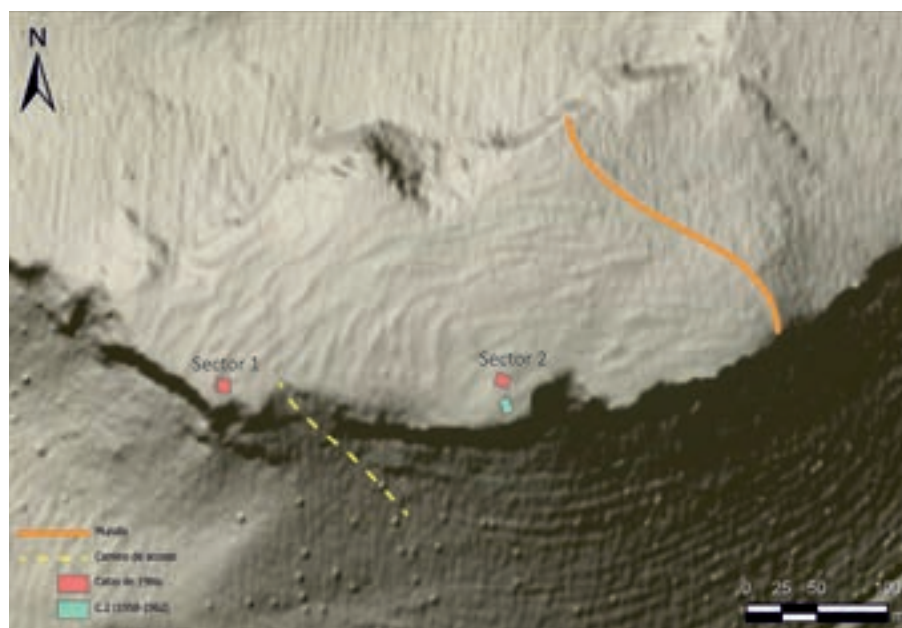


Figura 13. Localización de los sectores de excavación de 1986 y otros elementos arqueológicos de El Macalón (elaboración propia).

Por otra parte, en un artículo posterior dedicado a las puntas de flecha con anzuelo y doble filo documentadas en las excavaciones de El Macalón, menciona la realización de tres campañas entre 1958 y 1962, donde dice sobre la campaña de 1959 que es «casi limitada a una pequeña prospección y que incorporamos en los resultados de la campaña de 1961» (García Guinea 1967: 71). Por lo tanto, sería posible pensar que los materiales procedentes de la campaña de 1959 hubiesen quedado integrados en el registro de la campaña siguiente con el fin de mantenerlos, de alguna manera, entre los repertorios asociados a este asentamiento. Por ello mismo es necesario realizar una aproximación crítica a las publicaciones y memorias antiguas, puesto que la metodología y el tratamiento de los datos difiere al dado en las actuaciones arqueológicas actuales.

Hoy en día la única de las catas claramente reconocible en el terreno es C.2, puesto que se localiza en la cima del cerro junto a uno de los sondeos de 1986. Durante los trabajos de campo desarrollados en esta investigación se han identificado en superficie diversas estructuras y quizás algunas de ellas pudieran corresponder a las catas de excavación de M.Á. García Guinea, aunque no es posible asegurarlo por completo.

4.1.3. La campaña de 1986 y la intervención de 1998
La última de las campañas de excavación en El Macalón fue dirigida por J. Espadalé y M^a. J. Caja y se llevó a cabo entre noviembre y diciembre de 1986. Esta campaña consistió en la excavación de dos sectores, uno de ellos localizado en la zona suroeste de El Macalón (Sector 1) y el otro en la cima, junto a la cata C.2 de García Guinea (Sector 2). Sus secuencias estratigráficas están ampliamente explicadas en la publicación de Soria (2000), pero sería interesante destacar que pudieron documentarse hasta cuatro fases de ocupación en el Sector 2, es decir, en la zona alta del cerro. Los datos relativos a estas estratigrafías también son de interés para conocer mejor el urbanismo y arquitectura del hábitat.

Por otro lado, en 1998 Lucía Soria desarrolló trabajos de prospección y reconocimiento del terreno en el cerro de El Macalón en el marco de su tesis doctoral. En ellos documentó, por un lado, el camino de acceso y la entrada del suroeste y, por otro lado, la línea de muralla en la vertiente este del cerro (Fig. 13). Además, identificó una cisterna excavada en la roca al suroeste, en una zona próxima a la muralla.

En las primeras publicaciones E. Cuadrado dice sobre El Macalón que «ofrece un interés indudable,

pues por no haber sido expoliado presenta la perspectiva de proporcionar grandes sorpresas al ser excavado» (Cuadrado 1945b: 565). Es posible observar cómo ese panorama ha cambiado décadas después, puesto que el Sector 1 de los trabajos de 1986 se plantea en una cata de expolio que había dejado al descubierto algunas estructuras.

Sobre el estado de conservación general del asentamiento es necesario remarcar el uso agrario que se desarrolla desde mediados del siglo xx. Las actividades agrícolas modificaron la morfología de determinadas áreas del cerro y, además, destruyeron algunas de las estructuras antiguas, según el testimonio de E. Cuadrado (1945b: 553-554). Esto es importante para el estudio posterior de las estructuras y de la morfología de este gran asentamiento, puesto que ha sufrido diversas modificaciones a lo largo del tiempo.

4.2. Características generales de El Macalón a partir de los datos publicados

El asentamiento parece ocupar toda la extensión de la cumbre, tal y como ya planteaba E. Cuadrado en sus primeros trabajos (Cuadrado 1945b), aunque parecen existir espacios sin estructuras en el área oriental del cerro (Soria 2000), por lo que seguramente el área habitada sería inferior a la del espacio amurallado. La cima está constituida por una extensa plataforma aterrizada, de manera que las viviendas se articularían en los distintos niveles y adaptándose a las irregularidades del terreno. Sin lugar a duda, el espacio donde se han reconocido un número mayor de estructuras y, además, donde se han desarrollado más excavaciones arqueológicas es en la zona sur de El Macalón, de cotas más elevadas, y donde parece concentrarse especialmente el hábitat. En algunas zonas se han documentado calles, como en el Sector 1 de la campaña de 1986, o espacios indeterminados que no corresponden al interior de viviendas, como se documenta en la zanja entre C.3 y C.K de García Guinea (1959).

En general, las estructuras habitacionales documentadas en el cerro presentan un zócalo de piedra, el cual puede tener distintos grosores y elaborarse con piedra de tamaño variable, sobre el que suele recono-

cerse un alzado de adobe, tal y como se documenta en C.2, C.K. y en el Sector 2. En ocasiones, las estructuras se refuerzan en las esquinas mediante el uso de sillares, algunos en piedra toba calcárea como se documenta en C.2. También se han identificado restos de enlucido en el Sector 1 de la campaña de 1986 y pellas de barro con improntas de caña en C.2 y en C.K, por lo que M. Á. García Guinea planteó que los muros pudieron estar terminados con «ramajes revocados de barro» (García Guinea 1960). Además, en algunos espacios se han documentado rebancos (Sector 2) y agujeros circulares excavados en la roca interpretados como bases para disponer en ellos grandes contenedores (Sector 1).

Al este del asentamiento se localiza una gran línea de muralla que flanquea toda la vertiente oriental, al ser esta la zona más vulnerable en la defensa del cerro. La muralla ya fue identificada y descrita por E. Cuadrado, quien reconoce un muro de doble paramento elaborado sin mortero y relleno por piedra suelta (Cuadrado 1945b: 553). El estudio de la muralla será algo repetido en las constantes visitas de los investigadores a El Macalón, siendo el más reciente el que realiza L. Soria (2000), quien describe que la construcción de la muralla se habría realizado con piedra de mediano y gran tamaño sin desbastar trabadas con tierra, alcanzando los 2 m de anchura. Esta investigadora plantea la existencia de dos puertas en los extremos norte y sur de la línea de muralla que, unido al camino del suroeste, darían como resultado tres accesos a la cima del asentamiento. Además, se asocia a la entrada del suroeste una torre de planta cuadrangular que flanquearía la entrada. A partir de los trabajos de campo realizados en el marco de esta investigación y de los proyectos en el Alto Segura se revisarán estas propuestas.

Sobre los materiales documentados en El Macalón y en su entorno próximo, los más conocidos son, sin duda, las esculturas zoomorfas descubiertas por E. Cuadrado (1945a; 1947a), sobre las que hemos realizado un detallado estudio (Chapa *et alii* 2019). Asimismo, son varios los trabajos que han abordado el registro cerámico de este asentamiento (Pellicer 1999; Fumadó 2014), entre los que destacamos la tesina de final de

máster de Iván López Salinas (2014) y su publicación parcial (López Salinas 2015), en el que llevó a cabo una revisión completa de los materiales arqueológicos depositados en el Museo de Albacete procedentes de las excavaciones antiguas de El Macalón. A partir de este estudio, se propone que la fase de ocupación más antigua del asentamiento correspondería a un horizonte cultural del Hierro Antiguo, con contextos donde conviven la cerámica a mano típica de finales de la Edad del Bronce y las producciones a torno de tipo foráneo típicamente fenicias como los platos de ala estrecha o borde vuelto de barniz rojo (López Salinas 2015: 131).

Las ánforas documentadas en El Macalón se corresponden a los tipos T-10.1.2.1. (en su mayoría), T-1.3.1.1. y T-1.3.2.1. de Joan Ramón (Pellicer 1999;

López Salinas 2014; Ramón 1995), lo que plantearía una cronología de las primeras fases de ocupación entre la primera mitad del siglo VII y la segunda mitad del siglo VI a.n.e. Además, las puntas de flecha documentadas en los distintos ambientes de El Macalón corroborarían estas cronologías (García Guinea 1967; García Guinea y San Miguel 1964; Lorrio *et alii* 2016). Sobre las fases de ocupación posteriores, los materiales arqueológicos permiten definir una fase del hábitat datada en el siglo VI a.n.e., la cual se extendería hasta los momentos iniciales del siglo V a.n.e., ya que no se ha documentado la presencia de las primeras importaciones áticas de barniz negro en el asentamiento (Soria 2000), argumento sobre el que se sustenta el final de su cronología.